

# ***CERO RUBIAS***

## Agradecimientos

***Cero Rubias*** siempre será uno de los proyectos más especiales dentro de mi corazón, ya que ha marcado de gran manera mi vida como escritora.

Debo agradecer primero a Dios, todo esto es posible gracias a Él. También a mis padres, quienes me han apoyado incondicionalmente y se han emocionado conmigo en el transcurso de esta obra. No puedo dejar por fuera a Jocabed, que siempre tiene palabras de aliento y ánimo para mí. Claro, a Edwin por siempre estar allí en cada momento importante de mi carrera. A todos mis amigos y compañeros por el simple hecho de acompañarme en esta travesía y escuchar mis largas charlas sobre este proyecto. A todas aquellas personas que me han orientado y aconsejado durante el camino. Quiero dar gracias a Nova Casa Editorial por haber creído en mi libro y hacer que esto llegue a sus manos.

Para finalizar, quiero agradecerte personalmente a ti. Sí, a ti. Por haberle dado una oportunidad a este libro ya sea en Wattpad o por haberlo comprado. Significa mucho para mí. Espero hayas disfrutado leerlo, tanto como yo amé escribirlo. Gracias.

*Para mis padres Héctor y Anabel, mi hermana Gabriela  
y todos mis queridos tulipanes, con amor.*

# BARBIE DREAMHOUSE

## Capítulo 1

Mi vida es un poco desastrosa, pero podía verle el lado gracioso a todo.

*Podía.* Es un verbo en pasado.

Y dejé de hacerlo cuando:

—Empecé a trabajar en casa de los Crane.

—Cumplí la mayoría de edad, lo que significaba que ya era adulta.

Sí, exacto, ese momento en el que dejas de ser un adolescente puberto y te transformas en una persona responsable, seria y aburrida. Tres palabras que yo odio. ¡Por todos los cielos! Tengo tan solo 17 años, no puede ser que ya quiere que madure. Y cuando digo «quiere» me refiero a mi tía Wendy.

Ella es una mujer de 30 años, divorciada y sin hijos. Es la hermana menor de mi padre que justo ahora está dando sus servicios a la Fuerza Armada de los Estados Unidos. En cambio, mi madre murió cuando yo nací... Sí, triste historia, lo que sea. No me gusta hablar de aquello. Crecí con Wendy desde que tengo uso de memoria y algunos años con mi padre, luego él tuvo que irse y desde entonces lo veo cada 2 años.

Así que ahora que se supone que soy una adulta, tendré que conseguir un trabajo para ayudar a pagar la universidad. Anhele ir a Louisville desde pequeña.

Así que aquí me encuentro, en una cafetería, compartiendo la mesa con la hermosa señora Elizabeth de Crane para acordar un trabajo como niñera. Todo va bien hasta el momento.

—Un gusto conocerte, Megan. Wendy me ha hablado muy bien de ti.

1) Sí, me llamo Megan, odio el nombre, así que me quedo con Meg y 2) Wendy me recomendó el trabajo.

—Gracias.

—De acuerdo, vayamos al punto —da un sorbo a su café—. Este no es un trabajo de niñera común. No cuidarás niños.

—¿A qué se refiere? —frunzo el ceño sin entender.

—Es un anciano —utiliza un monótono—. Es el padre de mi esposo, River Crane. Y solo necesitamos a alguien que lo cuide, pero se supone que justo en este momento ya estarías corriendo. Es un buen hombre, solo que en ocasiones es muy ocurrente —la mujer se pasa una mano por el cabello castaño oscuro en frustración—. ¿Qué dices?

Abro los ojos y trago, indecisa. Vaya, es un anciano. ¿Por qué no solo lo meten a un asilo y ya? No me esperaba esto. ¿Debería aceptar?

—¿Cuánto me van a pagar? —tomo de mi café para no parecer tan interesada.

—Oh, el dinero es lo de menos. ¿Cuánto quieres?

Alzo una ceja. Ahora sí que estoy interesada.

—¿Doscientos dólares?

—¿Solo doscientos? Vale, seiscientos dólares al mes. ¿Qué dices?

Me atraganto con el café y empiezo a toser.

—Espere... ¿Seiscientos? ¿Dólares? ¿Al mes?

Mi calculadora mental se activa. Las vacaciones son durante 3 meses, ese es el tiempo que le trabajaría a los Crane para luego largarme a Louisville. Si multiplicas  $600 \times 3 = 1.800$ , casi 2.000 dólares, lo que haría que solo faltaran mil más para poder inscribirme. Y entre Wendy y papá podría conseguirlos.

—Claro, linda, no sabes cuánto hemos estado buscando a alguien para que se encargue de él. Mi esposo y yo tenemos que salir del país para unos negocios y si te pudieras quedar a dormir sería mucho mejor. ¿Cuento contigo?

Seiscientos dólares al mes.

Un anciano.

¿Qué tan malo puede ser?

—Será un gusto trabajar para usted, señora Crane.

...CR...

Hoy hace una muy bonita mañana y por alguna razón me encuentro frente a la gran Casa-Mansión de los Crane. Es la casa de ensueños de cualquier familia. Blanca, gigante y de dos plantas. La entrada está adornada por un cegador pasto verde y arbustos que se encuentran a los costados del gran pasillo de asfalto que te lleva directo a los pies de la gigante casa. El porche —también gigante— es propio de cuatro pilastras que se alzan hacia el techo. La puerta de entrada tiene un diseño como el de las típicas puertas francesas con ventanillas de cristal difuso. Mis ojos no podían despegarse de la arquitectura del lugar... Y pensar que trabajaré aquí durante tres meses.

De seguro me sentiría como una Barbie en su Dreamhouse.

Dejo mis maletas a los pies de una de las gruesas pilastras y me acerco a la puerta. Toco el timbre y escucho cómo el sonido parecido al de un llamador de ángeles de metal se esparce dentro de la casa con un delicado pero resonante ruido. Espero unos segundos frente a la puerta hasta que escucho a alguien acercándose. Me acomodo la camisa y me coloco los mechones rubios de cabello detrás de las orejas.

Una de las puertas se abre mostrando a una muy pero muy guapa mujer. Su cabello es de un color nuez oscuro, sus rasgos están bien definidos y sus ojos son de un café muy opaco. Parece tener unos 40 años y trae puesto un uniforme de mucama, así que supuse que es una. Observo cómo se coloca una mano en

la cintura y deja caer su peso sobre una pierna. Por cierto, tiene unas muy grandes caderas.

—Así que tú debes ser la nueva cuidadora del señor Marshall —dice en tono seguro pero interrogante, a la vez que me da una sonrisa retadora. Se ve como una mujer coqueta y no puedo saltarme el hecho de que su acento es muy diferente.

—Sí... Eso creo —trato de sonar indiferente, pero por dentro estoy muy emocionada.

*¡Mi primer trabajo, esto tiene que ser bueno!*

—Vale... rubia —parece examinarme en voz alta—. Soy Guadalupe, pero si quieres dime Lupe, soy colombiana. La señora Elizabeth y el señor River partieron hace unas cuantas horas, así que no los verás hasta en un par de meses. Soy la mucama principal en esta casa, así que por favor pasa y mantén el orden.

Asiento, tomo mis maletas y obedezco a sus órdenes.

Al entrar no pude evitar sorprenderme aún más: la casa es mucho más bellísima por dentro. Creo que ni con todo el dinero que pueda conseguir trabajando me podría comprar una casa así de magnífica. En la primera planta todo se ve elegante y casual al mismo tiempo, y parece que cada objeto o cuadro fue lustrado al igual que el piso, que parece ser de un mármol tan claro que puedo ver mi reflejo. Al alzar el rostro y observar la escalera del mismo material con unas barandas de hierro muy costosas, pude ver que la segunda planta es igual de tentativa que la primera.

—Sí, esa es la reacción de todos al llegar, pero luego te acostumbras —dice Lupe, mientras avanza a mi lado.

Ella me conduce a lo que sería mi habitación durante estos 3 largos meses. Es muy acogedora y de un tamaño ético para mí y de veras gusta. Las paredes son de un tono café claro y las cobijas son blancas y acolchonadas. Hay una mesa para leer, baño privado, estantes, un puf y un sofá pequeño. Es todo muy lindo.

—De acuerdo. ¿Quieres acomodarte? ¿O ya quieres acabar con la intriga y conocer a Marshall? —bromea y yo sonrío en cortesía.

...CR...

—Mira... es un señor tranquilo y todo, a veces grosero y en ocasiones divertido. Solo tienes que aprender a manejarlo y todo irá bien. Es la sabiduría de esta casa, así espero que sepas cuidar este ancestral tesoro —dice mientras nos dirigimos al salón principal donde se supone que está el anciano—. Oh, por cierto, ¿cómo te llamas?

—Meg...an —dije creyendo que sería formal decir mi nombre completo.

—¿Meg-an? ¿Qué tipo de nombre es ese?

—Solo dime Meg.

Lupe asiente.

Al llegar al salón todo es aún más sorprendente. Vaya que esta gente tiene dinero. Todo en este hogar parece tener el doble del tamaño normal. Es como: «Objeto ´ 2 = dinero que sobra».

Sofás gigantes, televisor gigante, mesa de centro gigante, muebles elegantes más adornos tamaño normal. Junto a uno los sofás gigantes —y que también se veían muy cómodos, como para poner tu trasero sobre ellos y no levantarte durante horas— puedo ver al abuelo.

Lupe señala con su dedo índice hacia un sofá ortopédico en donde supongo que en él se encuentra sentado es el famoso señor Marshall.

Como es propio de los ancianos, su cabeza está llena de canas y en la coronilla hay rastros de calvicie. En sus mejillas trae una barba gris como de 2 semanas sin afeitarse. La piel alrededor de sus ojos está arrugada al igual que su frente y el resto de su cuerpo. Observo cómo mete la mano frenéticamente entre los espacios del sofá en busca de algo.

—Marsh —lo llama Lupe, pero él hace caso omiso—, Marshall —vuelve a ser ignorada— ¡MARSHALL! —esta vez levanta la cabeza y nos observa con los ojos abiertos de párpado en párpado.

—¿Está sordo? —me inclino hacia Lupe y le pregunto, intentando susurrarle, mas ella no contesta.

—No estoy sordo, niña —dice despectivamente mientras se recuesta en el sofá—. ¿Qué quieres, Lupe?

—Es ella —dice sin especificar.

El anciano guarda silencio y levanta una de sus cejas grises. Se gira y me observa detenidamente.

—¡Pero si es una niña! ¡Solo mírala! —tira sus flácidos brazos al aire.

Bueno, me alegro de que por lo menos él me vea como una niña y no como una «adulta».

—Oh, vamos, Marsh —lo anima.

El viejo no contesta, más bien se cruza de brazos.

—Solo acércatele y preséntate, todo saldrá bien. Es inofensivo... después de que no tenga algo filoso en sus manos —abro los ojos y ella ríe—. Solo bromeo.

Me siento en el sofá que está junto a él con mucha cautela y lo observo durante unos segundos. Sus ojos de un color azul pálido, casi grises, están clavados en la pantalla de la TV y su gesto es de ceño fruncido. Pienso muy bien en las palabras que diré.

—De acuerdo. Yo soy Megan Lennon, soy su nueva cuidadora y espero que nos llevemos bien —de seguro soné como la persona más retarda del mundo.

—Allí está —dice con un tono seco.

Señala a un papel en la mesa de centro. A continuación lo tomo entre mis manos y lo leo cuidadosamente. Es una lista.

*Alérgico a la nuez, manzanilla y miel.*

*Siesta de 12:10 p.m. a 1:50 p.m.*

*Pastillas de la presión arterial a las 2:30 p.m.*

*Pastillas de la azúcar a las 5:40 p.m.*

—Se supone que eso es todo lo que tienes que saber sobre mí. Pero solo son un montón de patrañas, Maggie.

—Me llamo Megan.

—No me interesa. Me gusta Maggie y así será. Ahora, Maggie, si quieres ayudarme, encuentra el bendito aparato que controla esta cosa —señala el televisor—. Las otras siempre lo encuentran una semana después.

—¿Las otras?

—¿Qué? ¿Creíste que eres la primera? He perdido la cuenta de cuántas cuidadoras he tenido, niña. Todas se marchan después de una semana. Obvio que primero encuentran el control.

Su declaración me coloca alerta. No seré una más de esas, conseguiré el dinero suficiente para ir a Louisville.

—Veamos... —me levanto del sofá y comienzo a buscar—. Listo. Lo tengo —saco el control remoto de por debajo del sofá ortopédico y se lo entrego en sus manos. Él lo mira impresionado y luego me sonrío.

—Creo que tú y yo nos llevaremos muy bien, Maggie.

En esos minutos que pasé con el señor Marshall logré descubrir algunas cosas sobre él. Como que su programa favorito es «Acumuladores» en Discovery Home and Health. Le encanta ver cómo las personas guardan porquerías en sus casas como si fuera oro y cada vez que el protagonista se niega a botarla, suelta el mismo insulto: «Baboso». También me contó que el control remoto se le pierde a cada momento y que es toda una odisea encontrarlo y, por último, que es un gran fanático de la leche.

—¡Ja! ¿Ese tipo acumula medias? Yo en mis tiempos acumulaba calzones —expresa con sarcasmo y yo me limito a sonreír.

Luego algo extraño sucedió.

De pronto escucho un fuerte alarido desde la parte de arriba de la casa. Fue un grito varonil y grueso como un rugir, seguido de un sonido similar al de algo quebrándose. Me levanto en alerta del sofá y miro hacia el techo en un acto reflejo.

—¿Señor Marshall? Disculpe pero... ¡¿Qué rayos fue eso?! —pregunto al ver que él no se altera y simplemente continua viendo el programa.

—Agh, tiene que ser ese niño otra vez —dice sin darle mucha importancia.

—¿Niño? ¿De qué estás hab...?

—Shh, cierra la boca.

El señor Marshall se queda sentado en el sofá como si nada estuviera sucediendo. ¿De qué niño está hablando? ¿Y qué tal si es un secuestrador? ¡Ay no! ¿Y si realmente es uno? No, no, no, tengo que ir a revisar.

Salgo rápidamente del salón principal y corro escaleras arriba, de donde ha provenido el ruido. Tomo lo primero que está a mi alcance, que casualmente es un jarrón de cerámica que se ve muy costoso. Solo lo utilizaré en caso de que alguien me quisiera hacer daño. Si lo uso en defensa personal, tal vez los señores Crane no me lo cobren por romperlo.

Camino con pasos sigilosos y espero unos minutos para averiguar si algo anda mal. Y allí está la señal. Otro rugido, esta vez más leve que el anterior seguido de maldiciones. Levanto el jarrón preparada para lanzárselo a cualquier cosa que se mueva, pero luego descubro que las palabrotas provienen de una de las habitaciones.

Sobre las escaleras hay un gran hoyo, que me permite descender. El borde del hoyo está protegido por una baranda de hierro, lo que hace que se viera como un balcón interno en forma circular. Alrededor hay una plataforma cubierta por el mismo piso de mármol que se convierte en dos pasillos en forma de paréntesis, que me conducen a las habitaciones. De mi lado del hoyo hay una ventana con más puertas francesas que supongo llevan a un balcón externo.

Avanzo cuidadosamente tratando de no hacer ruido y me escabullo en el grueso pasillo que tiene habitaciones a ambos lados. Llego a un punto en el que el pasillo se convierte en una cruz haciendo nacer más habitaciones. Al final del pasillo principal hay una gran puerta —creo que debo dejar de decir «gran», ya que supongo que quedó claro que todo en esta casa es gigante—, la cual supuse que era la habitación de los señores Crane. En el pasillo de la izquierda está mi habitación y del de la derecha proviene el ruido.

Llego a la puerta donde se escucha la voz que exclama barbaridades. Recuesto mi cabeza en la puerta. No puedo entender muy bien lo que dice, pero logro alcanzar algunas palabras como «juego, perdí, no puede ser», entre más lamentaciones. Daba a entender que está muy enojado. Aferro mi mano aún más al jarrón y trato de calmarme. Tomo aire y me dispongo a entrar.

Vamos, Meg, si intenta hacerte algo, solo ¡PUM! Le rompes el jarrón en el cráneo. De acuerdo, aquí vam...

Dejo que el jarrón se deslice de mis manos y caiga al piso. Ni siquiera el estridente sonido que causa al romperse me importa.

Parpadeo.

Trago en seco.

¿Un chico?

¿Es en serio?

¿Un chico atractivo?

Sí, un chico castaño, sin camisa y muy atractivo está frente a mis ojos. Parece tener mi edad y su rostro se me es diminutivamente familiar. Solo trae un *jean* puesto y está tirado sobre un puf verde con un mando de Play Station 4 en sus manos. A su lado hay retazos de vidrios de lo que al parecer alguna vez fue un vaso.

Al verme se levanta de golpe del puf y me mira con el ceño fruncido. Se ve muy, pero muy enojado, pero también seductor. Mi estómago da un vuelco y no pude evitar sonrojarme. Soy una idiota. Él toma una playera del suelo y se la coloca en un ágil movimiento. Por cierto, su habitación es un asco. Ambos guardamos silencio hasta que él da las primeras palabras.

—Pero qué... ¿Quién rayos eres tú? —su tono no es muy agradable, más bien grosero. Trato de recuperar mi compostura y contestar.

—¿Yo? ¿Mejor dime quién eres tú? —digo inútilmente en mi defensa.

Él suelta una risa amarga —mira, niña, esta es mi casa. Yo hago las preguntas. Ahora explícate.

Vaya, qué gracioso, ahora todos en esta casa me ven como una *niña*.

—¿Tu casa? Espera... no entiendo —me acaricio una sien.

Rueda los ojos ya cansado.

—Soy hijo de Elizabeth y River, nieto de Marshall. ¿Acaso te suena, linda? —dice con un sarcasmo muy cruel. Y lo de *linda* lo entona en una mofa—. Yo a ti no te conozco. ¿Ahora me puedes decir quién rayos eres?

—¿Hijo de...? ¿Nieto de Marshall? —para entonces ya estoy demasiado confundida—. Yo... me llamo Meg Lennon, soy la nueva cuidadora de... ¿tu abuelo?

—Oh, ya veo. Ya consiguieron otra... y rubia —me observa con desprecio y no pude evitar sentir más que odio hacia él.

Al parecer todos en esta casa han notado que soy rubia. Qué novedad.

—¿Cuál es tu problema? La señora Elizabeth jamás me comentó sobre ti. Nunca mencionó que tenía un hijo o nada por el estilo, y tampoco que era un total cretino —si él pensaba insultarme, pues yo también lo haría.

Para mi sorpresa, él sonrío con una pizca de arrogancia.

—No digas cosas que no te convienen, querida —utiliza un tono amenazante—. Mamá jamás dice nada sobre mi porque yo soy la causa de que todas las cuidadoras de Marshall se larguen —comenta con total orgullo—. Soy



un pequeño desastre que te hará de la vida un asco.



#LecciónDelDía:

Siempre toca la puerta antes de entrar,  
nunca sabes qué puede haber detrás de ella.

## PLANO CARTERSIANO Y LISTA NEGRA

### Capítulo 2

Han pasado tres días desde el tal incidente con el chico desconocido, y lo llamo «chico desconocido», ya que soy desconocedora de su nombre. No he dejado de darle vueltas al asunto desde entonces. Su rostro se me es tan familiar, pero desconozco completamente su identidad. Desde aquel día solo lo he visto salir unas pocas veces de su habitación y solo para buscar algo de comer. Aquellas veces que lo he visto, él me ignora por completo.

¡¿Pero dónde rayos lo había visto?! Mi mente no pensaba en nada más que eso.

No quise preguntarle a Marshall ni a Lupe por no parecer interesada. ¿Y qué tal si le decían? Él creería que realmente me importa.

Ya es la hora de las pastillas de Marshall, así que fui a buscarle agua a la cocina. Ya empiezo a acostumbrarme a la grandeza del lugar. Al entrar me llevo una sorpresa al ver que él está aquí, inclinado hacia el refrigerador tomando chucherías para nada alimenticias. Me sobresalto y pienso en qué hacer. Tengo tres opciones:

a) Huir, b) preguntarle su nombre o c) ignorarlo.

Antes de que pudiera irme por una de las opciones él se gira y me observa de arriba abajo con una mirada entrecerrada. Luego, como es de esperarse, me ignora y se da la vuelta para colocar los paquetes de chucherías sobre la encimera. Ruedo los ojos aunque él no me vea, es inevitable no hacerlo. Me acerco al refrigerador, extraigo la jarra de agua y sirvo un poco en un vaso.

Estuve a punto de irme cuando las palabras salieron de mis labios.

—¿Cómo te llamas? —fueron simples y desinteresadas. Él gira en mi dirección y me mira con el entrecejo fruncido.

—¿Y eso a ti qué te importa? —su tono fue el mismo que usó la última vez

que hablamos.

—Vaya que tienes un problema. Solo dímelo.

—¿Para?

—Para crear una identificación falsificada. Usaré tu nombre en la identificación para entrar a un night-club, pues claro, los guardias obviamente no sospecharán que soy una chica. Luego mataré a todas las mujeres del lugar y venderé sus riñones al mercado de órganos —dije ya cansada de su indiferencia.

Una pequeña sonrisa traviesa aparece en sus labios, pero se desvanece tan rápido como vino y la cambia por una arrogante.

—O tal vez lo quieras para escribirlo en tu ridículo diario de chica fresa —alza sus cejas.

—Oh, vamos, no seas tonto. Ni siquiera tengo un diario —negué—. ¿Me lo dirás?

—Eh, ¿qué obtendré a cambio?

—Una paliza.

—¿Tuya? —se ríe fuerte.

—No me subestimes —amenazo.

Él sigue riéndose hasta que alza las manos al aire en un acto de rendición.

—Vale, vale, por hacerme reír te lo diré. Un gusto en conocerte, soy Eduardo.

—¿Es broma?

—No, no lo es, Lennon.

Pongo los ojos en blanco y suelto un suspiro.

—¿Sabes qué? Ya no me interesa —me doy la media vuelta y empiezo a caminar fuera de la cocina, pero antes él se me adelanta. Pasa justo a mi lado provocando un choque de hombros que causa que derrame el agua al piso. Lo miro fulminante y él solo sonrío.

Es definitivo. Lo odio.

—Soy Carter... y creo que mi apellido ya lo sabes —me da una mirada más antes de empezar a alejarse. Ja, ¿acaso se cree tan importante?

Esperen un momento...

*Carter.*

Ese nombre...

*Carter Juliad Crane.*

¡Claro!

Soy una ilusa, ¿cómo no me di cuenta antes?

Asistíamos al mismo instituto. Solo que él es un par de años mayor que yo. En la primaria mi mejor amiga, Jade, estuvo mega enamorada de él y yo me la pasaba diciendo que no me parecía un buen chico —opinión que aún

mantengo—. Sé su nombre completo, ya que Jade no dejaba de mencionarlo. Al llegar a la secundaria solo lo vi un par de veces. Su nombre recorría los pasillos del instituto con no muy buenos rumores. Los pocos que había escuchado se trataban de peleas clandestinas, apuestas, chicas, etc. Pero la mayoría eran inventos. Él era un chico con bastante mala fama y si hablamos de mí... ni siquiera tenía algo por lo cual ser reconocida. Era de esas personas normales, que hacían cosas normales y vivían con normalidad. Solo iba a clases y al final del día regresaba a casa. Nunca fui a una fiesta, ni siquiera para la de graduación. Solo recogí mi diploma y listo, adiós escuela.

Recuerdo haber cruzado miradas con él unas pocas veces y aquellas veces que lo había hecho llevaba la misma mirada oscura y denigrante de odio. La misma que me había lanzado al verme entrar en su habitación. Parecía siempre estar enfadado con el mundo.

Al reaccionar de aquella rápida reflexión, lo busco con la mirada. Sube las escaleras con los paquetes de chucherías en los brazos, ya casi llegando a la segunda planta. Corro hacia los pies de la escalera y desde allí le hablo.

—¿Nos conocíamos, cierto?

Él se detiene y gira para mirarme confundido.

—¿De qué hablas?

—Crawford Senior High School.

Levanta una ceja, pero luego su rostro parece iluminarse con sorpresa.

—Oh, vaya. Entonces eres tú —bufa, lo que al parecer fue residuo de un recuerdo—. Le gustabas mucho a un amigo. Aún sigo sin entender qué podía verle a una niña tonta como tú. Creo que solo le gustabas porque eras una estúpida rubia. Pero ni modo —se encoge de hombros indiferente y luego se aleja de mi vista.

¿Pero qué rayos sucede con él?

Después de aquel infamante comentario, las cosas no seguirían igual. Oh no, claro que no. ¿Tenía algo en contra de las rubias? Pues entonces...

Carter Crane, *bienvenido a mi lista negra*.

...CR...

Una de las condiciones que pedí para empezar a trabajar en casa de los Crane fue tener un día libre como mínimo. La señora Elizabeth accedió sin problemas, siempre que eso no afectara el horario vital de Marshall, podía salir cuando quisiera. Así que hoy voy a darme mi merecido descanso después de encuentros intensos con aquel zopenco.

Sí, voy a salir con mi novio.

Solo he tenido dos novios en mi vida. Uno en primaria y Ryan Damhuel.

Conocí a Ryan en el colegio. Somos una pareja normal, que tenemos citas normales y todo lo que implica un noviazgo normal. Llevamos nueve meses juntos, nueve lindos meses.

Me coloco un top blanco, una chaqueta negra encima, acompañado de un short negro y unas botas del mismo color bajas. Blanco y negro siempre habían sido mis colores favoritos. Los colores opuestos.

Bajo las escaleras de dos en dos con largos saltos y, para mi desgracia, *Cartersiano* viene de la cocina, así que lógicamente teníamos que encontrarnos.

Lo de *Cartersiano* se me había ocurrido mientras desahogaba mi enojo con las matemáticas. Algo peculiar sobre mí es que cuando estoy muy enojada, para no empezar a romper cosas y contener mi ira, suelo resolver problemas y temas relacionados a las matemáticas. A veces resuelvo ejemplos del Teorema de Pitágoras; creo un triángulo y mido sus catetos y veo si sus lados son congruentes; resuelvo operaciones matemáticas jerárquicamente, entre otras cosas. Pero justamente ese día lo primero que se me vino a la mente fue crear un plano cartesiano. Así que mentalmente lo apodo de esa manera. Claro, jamás se lo haría saber.

Trato de ignorarlo mientras hago mi recorrido hacia la puerta, pero su voz irrumpe en mi tranquilidad.

—¿A dónde vas? —cuestiona monótono mientras recorre mi cuerpo con una mirada sombría. Es una mirada de total desaprobación.

—Creo... —le mantengo la mirada durante unos instantes y luego le doy una sonrisa—... que eso a ti no te importa.

Chasquea la lengua —Cierto—. Luego cada uno toma su camino.

Corro muy entusiasmada hacia la puerta principal, por fin estaría lejos de él —aunque sea solo por unas horas, pero es algo—. Giro el picaporte de una de las puertas francesas y, para mi desgracia, cuando intento salir corriendo, mis planes son obstruidos, ya que tropiezo con algo o... alguien. Al separarme de aquel cuerpo pude ver que es una chica.

Es unos centímetros más alta que yo, tiene el cabello castaño oscuro y ojos marrones. Se ve muy disgustada a causa del golpe que le he dado. Al fijarme detenidamente noto algo familiar en su rostro. También la he visto en Crawford...

*Piper Charles.*

Cómo olvidar ese rostro. Compartimos Física y Álgebra juntas, pero nunca nos preocupamos en dirigirnos la palabra. Había escuchado que era muy odiosa y malcriada, que no es alguien agradable con quien pasar el tiempo.

Lleva puesto un conjunto de ropa de ejercicio; top fucsia, un *leggin* negro — que daba a ver lo plana que es, sin discriminar— y zapatillas deportivas. Me recorre con una mirada fulminante y luego comenzamos una guerra de miradas a la cual yo accedí con gusto. Era la mejor en esto, siempre le ganaba a Wendy.

Ella suele decir que mis ojos verdes, como los de un gato, la intimidan un poco.

—¿Tú quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué siento que te conozco? —dijo con aire de superioridad del cual me burlo por mis adentros.

*Debería postularla para estar dentro de mi lista negra.*

—¿Por qué tendría que responderte esas preguntas? ¿Eres del FBI? —la recorro con mis ojos intencionalmente—. Pues en esas fachas no creo que...

—¿Piper? —la voz de Carter nos interrumpe.

Genial.

Ella gira la cabeza dramáticamente hacia el umbral donde Carter nos observaba. Se lanza hacia sus brazos y le quita un beso que causa que mi estómago se revuelva con náuseas. Él la rodea con sus brazos y le responde al beso provocativo. Ajusto mi bolso a mi hombro con incomodidad y me doy la vuelta para irme. No tengo por qué apreciar aquel espectáculo; además, no debo hacer esperar a Ryan. Bajo los escalones del porche con resonantes pasos.

—¡Hey, Lennon! Diviértete —suelta con sarcasmo a mis espaldas.

*¿Diviértete? ¿O quisiste decir «Muérete»?*

—Cállate —contesto sin girarme y sigo mi camino.

Carter la observa alejarse de la colonia hasta que desaparece de su vista. Se supone que más adelante tomará un taxi. Observa a Piper entre sus brazos y cómo lo mira amenazante. Y aquí vienen los ataques de celos, pensó. Luego ella lo arrastra dentro de la casa y lo lleva hasta el salón.

—¿Quién rayos es esa, Carter? Quiero todos los detalles de cómo la conociste. No puedes traer a cualquier chica a tu casa sin consultármelo. Temía que esto sucediera. ¿Y por qué rayos me parece que la he visto en algún lugar?

Me lanzo sobre el sofá y la observo mientras escupe réplicas.

—Bájale una poquito. Es la nueva cuidadora del abuelo y es... despreciable. Asistía Crawford, era esa tonta chica de la que Shawn estaba enamorado. Megan Lennon. Además, no entiendo por qué te pones así, sabes muy bien que las rubias... no son lo mío.

—Megan Lennon, claro —dice para sí misma—. Sé que las odias, pero eso no quita el hecho de que sean atractivas, y vaya que ella lo es. No la quiero cerca de ti —se lanza junto a mí en el sofá.

—No te preocupes, no son ni serán mis gustos.

—¿Intentarás quitártela de encima como a las demás?

—No, esta vez no. Dejaré que ella misma se dé cuenta de que está en el lugar equivocado.

...CR...

El estruendoso portazo que causo al entrar recorre toda la mansión. Ya es pasada la medianoche. La casa está a oscuras a excepción de una tenue luz que proviene del piso de arriba.

Había sido un total asco de noche.

Me siento como una enorme montaña caca.

Me detengo a observar a mi alrededor. Todo lo elegante y hermoso de la casa, la linda escalera que asciende y los cuadros. Luego recuerdo lo que había sucedido y me lanzo en el hermoso piso a llorar. Sollozos incontenibles brotan de mi boca. Me dolía todo. Desde el alma hasta la espina dorsal. Y poco a poco entendí que lo que sentía dentro de mí no era tristeza, si no rencor y odio. Aquello había sido un golpe bajo a mi orgullo. Me restriego los ojos con los dedos índices y al contemplarlos pude ver una mancha negra sobre ellos.

*Perfecto, ahora también se me ha corrido el rímel.*

—Ugh, eres tú —la cabeza de Carter se asoma por encima de la baranda del segundo piso. Camina hacia las escaleras y se recuesta de un costado de la baranda a observarme. Luego una sonrisa atraviesa su rostro—. Espera un momento... ¿Te disfrazaste de mapache o a las vacas se le ha empezado a correr las manchas? Lennon, aún no es Halloween —dice en mofa hacia mi rímel corrido, a lo cual no le tomo importancia. Parece divertirse mi estado de ánimo.

—Cierra la boca, no estoy para tus babosadas —me levanto del piso desganada y comienzo a subir los peldaños.

—Huy, pero qué genio. ¿Estás en tus días?

Frunzo el ceño con total indignación y lo miro.

—Claro que no —niego ya que aún falta un poco para la fecha.

—¿Entonces?

—Te lo volveré a repetir: a ti no te importa ni te importará lo que suceda con mi vida. ¿Capicís?

—Oh, vamos, solo déjame divertirme un poquito con tu desgracia. Estoy aburrido.

—¿Dónde está tu novia?

—Se fue hace un rato. ¿Por qué?

Llego a la segunda planta y tomo el pasillo que me aleja más de él. Él rodea el círculo en un intento de acercarse. Pero yo me limito a ignorarlo lo mejor posible. Estuve a punto de lograrlo cuando él se interpone entre la puerta de mi habitación y yo. Se cruza de brazos y se recuesta en la madera.

—Ahora dime. Quiero saberlo.

—¿Por qué tendría que decírtelo?

—Porque si no tendrás que pasar la noche acá fuera.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Crees que puedes llegar a esta casa y a estas horas sin una excusa? Si no me cuentas, tendría que darles un mal reporte sobre tus servicios a mis padres. ¿No querrás eso, verdad Meg?

Me retengo de contestarle con un par de groserías. No, no podía arriesgarme a perder este trabajo, claro que no. *Necesitaba resolver matemáticas.* Respiro hondo e intento contener mi ira, enojo, rabia y desespero. *De verdad lo intenté...*

Levanto una mano para darle un fuerte golpe en el pecho pero antes de eso, él me detiene de la muñeca y me acerca a él de una forma amenazante.

—Olvidaré que trataste de golpearme. Pero primero, necesito una explicación.

Trago en seco y las lágrimas se empiezan a acumular en mis ojos. Lágrimas de indignación.

—Mi novio me dejó plantada, ¿de acuerdo? Y encima de eso me corta por teléfono. ¿Por qué llegué tarde? Decidí andar como vagabunda por las calles de San Diego. Sí, ríete todo lo que quieras. Pero te suplico que me dejes en paz y me permitas apartar mi vista de tu horrenda cara —me zafo de su agarre y aparto mi cuerpo lo más lejos posible. Pero él ni siquiera se inmuta en moverse de la puerta.

Se relame los labios en un intento de esconder su sonrisa, luego acaricia su barbilla en una ridícula mímica reflexiva.

—Entonces te dejó por teléfono. ¿Quién rayos deja a alguien por teléfono? —bufa—. O tal vez el pobre chico se dio cuenta de que eres igual a todas las rubias: tontas y plásticas. Si es así, entonces él y yo seríamos muy buenos amigos.

Escondo la herida que causa su comentario sobre mí.

—Eres increíble —lo miré fulminante. De un fuerte empujón lo aparto de la puerta y sin pensarlo me encierro en mi habitación. Lanzo el bolso sobre la cama, a la vez que lo escucho gritar desde el otro lado de la puerta.

—Pues eso ya lo sabía, Lennon —escucho sus pasos alejarse.

Cierro los ojos y con un movimiento de mano aparto el dorado cabello hacia atrás, dejando expuesta mi frente. Inhalo y exhalo con profundidad. No, esto no funcionará.

Necesito lápiz y papel.

Trataría de resolverlo. No el problema que tenía con Carter Crane, que parece ser imposible de resolver.

Trataré de resolver las ecuaciones algebraicas.



Jamás se restrieguen los ojos si tienen rímel,  
podrían confundirlos con un mapache.

## ¡ES NATURAL!

Capítulo 3

*Ding Dong.*

El sonido de llamador de ángeles se esparce nuevamente por la casa como aquel día en el que llegué a esta mansión. Es irónico que ahora quisiera regresar el tiempo y nunca haber cruzado esa puerta. Pero no había vuelta atrás, tendría que soportar a Cartersiano durante tres meses y luego irme a Louisville, a millas lejos de él. Lo cual anhelo desde lo más profundo de mi alma.

—¡Meg! ¡¿Puedes abrir?! ¡Estoy ocupada! —escuché cómo gritaba Lupe desde la cocina.

De seguro ha de estar ayudando a Pierre en la cocina. Oh, por poco y se me olvida contarles. Como en toda mansión, hay un personal encargado de las tareas del hogar. Lupe es la cabeza de las mucamas, Pierre la cabeza de la cocina y Philip la cabeza de los jardineros. Y yo soy la simple chica que cuida al viejo sabio.

Bajo las escaleras con rápidos saltos mientras apoyo una mano en la baranda. Corro hacia la puerta y la abro mientras formulo una imagen mental para quien está detrás de la puerta ¿es chico o chica? ¿Y si es Piper? Oh Dios, por favor no. ¿Y qué tal si es un secuestrador?

*¿O qué tal si puedes dejar de ser tan paranoica, Meg?*

Abro la puerta y al verlo pensé: *oh cielos, más conocidos.*

Apenas vi su rostro supe que también era de Crawford. Pero como siempre, no tengo ni la más mínima idea de quién es. La verdad, no solía conocer a muchas personas. En pocas palabras, no tenía una vida social activa. Frente a mí hay un apuesto chico de cabello oscuro, ojos miel y un lunar en su mejilla izquierda que lo caracterizaba.

Al verme retrocede unos pasos algo sobresaltado. Me examina de pies a cabeza con el rostro perplejo y luego me regala una sonrisa. Una sonrisa bonita y dulce. Es la mejor sonrisa que había recibido desde que llegué a esta casa. Una sonrisa con hermosos hoyuelos.

—Hola, ¿en qué te puedo ayudar? —digo con total cordialidad y simpatía.



—Oh, nada, solo buscaba a Carter. ¿Está dentro?

—Sí claro, pasa —lo invito y él acepta—. Me llamo Meg Lennon y soy la nueva cuidadora del señor Marshall —me presento con cordialidad.

—Sí, ¿creo que ya nos hemos visto? ¿Crawford, cierto?

—Sí.

—Genial, yo soy Shawn Lockwell. Soy el mejor amigo de Carter, casi hermanos —me ofrece la mano y yo la tomo en saludo. Me decepciona al saber que tiene amistades como Carter Crane, pero no puedo juzgarlo. Shawn se ve como una buena persona—. Entonces dime: ¿eres la nueva cuidadora de Marsh?... Eso significa que podré verte muy seguido por aquí, ¿no? —dijo en un tono coqueto.

—Prácticamente viviré aquí.

—Magnífico.

*Para ti, para mí es toda una condena, pensé.*

Él y yo mantenemos la conexión visual durante unos segundos. Vaya que tiene unos ojos muy lindos. No son los típicos ojos azules profundos, son de un color miel oscuro que a la vez te inspira un aire de comodidad y confianza.

—¡MAGGIE!... ¡MAGGIE! ¡SE PERDIÓ EL CONTROL OTRA VEZ! —escucho la gruesa voz de Marshall gritar desde el salón. Suelto la mano de Shawn y me rasco la nuca con incomodidad.

—Creo que me llaman... —sonríó apenada, a la vez que señalo con mi pulgar por encima de mi hombro. Me doy la media vuelta para retirarme.

—Espera... ¿Te llamas Maggie?

Me detengo.

—No, pero... si quieres puedes llamarme así —me giro y le doy un guiño coqueto al cual él responde tornándose sonrosado.

Shawn observa cómo Meg se retira hasta el salón de la casa en la que había jugado con su mejor amigo Carter desde que tenían 7 años. Sí, los padres de Shawn y Carter son casi como una familia, ambos viven en la misma colonia a solo cuatro casas de distancia. Al mismo tiempo, no podía creer que Meg Lennon, la chica de la cual había estado enamorado desde sexto grado, estuviera viviendo bajo el mismo techo que su mejor amigo. No sabía si sentir celos o felicidad, ya que podría verla más seguido.

Al ver cómo ella desaparece suelta un suspiro.

*Es muy hermosa.*

Sacude la cabeza en un intento de apartar sus fantasías y recuerda por qué está allí. Viene para un enfrentamiento con Crane en *Battlefield 4*. Es una revancha a petición de Carter. Sube al segundo piso y corre hacia la habitación de su amigo. La abre sin molestarse en tocar para encontrar a Carter en

calzones, semidesnudo.

—¿Qué hay, Crane? —dice y se lanza sobre el puf verde con total naturalidad—. ¿Estás listo para otra paliza?

—¿Acaso no te enseñaron a tocar, Bobowell? —protesta Carter mientras toma unos *jeans* y se los coloca en un salto.

No es nada agradable que mi mejor amigo me encuentre de esta manera cada vez que viene a mi casa. Pero sí, es cierto, me encanta andar en bóxers. Como a personas que el volar en un jet, lanzarse de un paracaídas o nadar en el mar los hace sentirse libres, a mí me causa la misma sensación el andar en bóxers. Estaba en todo mi derecho, pero aquello tuvo que cambiar a partir de la llegada de la insoportable rubia.

*Extraño mis días de nudismo.*

—Pues nunca lo he hecho y no tengo por qué hacerlo, pedazo de cráneo inexistente —se mofa de mi apellido justo como yo lo había hecho anteriormente—. Por cierto, ¿puedes explicarme por qué tienes a Meg Lennon viviendo contigo y no me lo has contado?

Ruedo los ojos al recordarla—. Oh vaya, ya te enteraste —suspiro—. Mira, vivir con ella no es algo de lo que esté orgulloso, más bien es una desgracia. Así que no vi por qué comentárselo a alguien —me coloco una playera azul encima y me despeino el cabello.

—Pero yo soy Shawn y soy tu mejor amigo. Encima sabes que me gusta y mucho. Por lo menos tuviste que tomarme en cuenta.

—Ya no interesa. ¿No crees? Sí, lo sé, está viviendo conmigo y toda esa basura, pero eso no va a quitar el hecho de que me repugna. ¿Entiendes? Esa niña es toda tuya, Lockwell.

—Vamos, te he dicho que no hables así de ella frente a mí. No te entiendo, la verdad. Megan es toda una hermosura —simulo tener arcadas colocándome un dedo en la lengua, en señal de lo que ha dicho es desagradable.

—Eres un cerdo.

Shawn toma un cojín y me lo lanza, pero antes yo lo atrapo y se lo tiro de vuelta contra su rostro. Suelto una carcajada—. Buen intento —Shawn lanza el cojín lejos de él.

—La próxima será en lugar doloroso y con un ladrillo.

—Ya cierra la boca. No puedo esperar para verte llamar a tu mami cuando pierdas y tengas que pagarme quinientos dólares.

—Primero me gastaré ese dinero en comprarte calzones nuevos, ese que tienes tiene un hoyo.

...CR...

Según lo que me había dicho Lupe, hoy es *La Noche del Mes*.

¿Qué es eso? Exactamente eso era lo que me preguntaba hasta que Lupe decidió dar respuestas a mis dudas.

Por lo que pude escuchar, *La Noche del Mes* es el evento en el que la familia Crane se reúne para compartir. Es una cena especial en la que todos participan como miembros de la familia que son. Incluso hasta los del personal que no son sanguíneamente familiares participan, ya que a todos los une esta casa en la cual comparten la mayor parte de su tiempo.

Así que yo también estaba invitada a este evento. Normalmente se celebra con los señores Crane, pero ellos aun así solicitaron que se celebrara en su ausencia. Al final todo este evento conlleva a un punto en específico, la verdadera razón por la que se realiza: compartir el tiempo que queda con el señor Marshall. Sí, el pobre anciano ya tiene 81 años, en cualquier momento podría írsenos y adiós. Así que todo esto se realiza para que Marsh no se sienta solo, sino lo contrario.

Los cocineros han empezado a ordenar todo desde las seis de la tarde. Observo cómo transportan vajillas, copas, comidas y muchas otras cosas hacia una habitación desconocida para mí, la cual supongo que es el comedor familiar. Lupe me cuenta que solo lo utilizan para La Noche del Mes y los demás días comen individualmente o en el pequeño comedor que hay en la cocina.

Cuando se fue acercando la hora, me fui a arreglar un poco. Me quedé con el *jean* deshilado que llevo puesto remangado a los tobillos. Una playera blanca lisa y solo me peino un poco para luego volver a bajar. Allí me encuentro con Lupe, que en vez de llevar el uniforme de mucama trae un bonito vestido casual de tono azul pálido.

—Meg, linda, ¿puedes ir a buscar a Marshall? Ya todo está listo.

—Claro —digo.

Después de todo, ese es mi trabajo.

Fui hasta la habitación de Marshall que se encuentra en la planta baja. Es una de las habitaciones finales de la mansión. Cuando los señores Crane vieron que ya no podía subir ni bajar escaleras, tomaron la decisión de mudarlo a la planta baja, donde allí tendría acceso a todo.

Di leves golpes contra la puerta y luego escucho su áspera voz.

—Pasa, Maggie.

Abrí la puerta con cautela y asomo mi cabeza.

—¿Listo? —contemplo cómo él está sentado sobre el borde de su espaciosa cama con la espalda curvada. Mira hacia un punto en la nada con la mirada perdida a través de sus anteojos. Lleva puesto un jersey de rombos y un pantalón gris de tela con sus mocasines— ¿Marshall? —lo llamo al no obtener respuesta.

—Oh, claro que sí —dijo y se levanta con ayuda del bastón. Yo me apresuro a acercarme para poder ayudarlo. Hice que entrelazáramos la parte de arriba de nuestros codos como cuando el padre lleva a su hija en las bodas y de esa manera lo guío por los pasillos hacia el comedor.

Escucho cómo suelta un suspiro profundo.

—¿Qué sucede? —me tomo la libertad de cuestionarle.

—Es la misma tontería de todos los meses, Maggie. Solo voy porque hay buena comida y es casi toda para mí —sonríe dejando al descubierto algunas arrugas—. Mi hijo River está demente. Él suele decir: «la unión familiar es importante» cuando ni siquiera asiste la familia completa a esta ridícula cena — replica con un tono de sarcasmo y resentimiento hacia algo que yo desconozco.

¿A qué se refiere exactamente?

Al llegar a la entrada del comedor, Lupe aparece frente a nosotros—. Muy buenas noches, Marshall —saluda jocosamente.

—¿Qué tal, Lupita? — él le responde con simpatía y ella lo ayuda a entrar al comedor. Cuando él ya estuvo dentro, ella sale y me observa con el ceño fruncido.

—¿No piensas entrar? Ven, vamos —me toma de la muñeca, pero yo la retengo de un jalón. Se vuelve para mirarme confundida—. ¿Qué traes? —vacilo unos instantes antes de hablar.

—No es nada. Solo que... —me relamo los labios incómoda—. No he visto a... ya sabes... Carter. ¿No va a venir? —Ni siquiera sé por qué rayos me preocupo por él. Ha sido un total cretino conmigo, yo no tengo por qué ser una dama con él. Lupe me da una sonrisa de medio lado sin mostrar sus dientes. Es una sonrisa cargada en lástima y comprensión.

—Carter no participa en La Noche del Mes desde hace tres años, Meg.

Alzo mis cejas algo... ¿sorprendida? No. Ofendida. Bufo a mis adentros. ¿No se suponía que aquella cena era para toda la fam...? Oh, vaya, entonces a eso se refería Marshall. Carter no participa en la cena familiar desde hace tres años. Un miembro no asiste. La familia no cena completa.

*Pero qué total crío de... Elizabeth Crane.*

No puedo evitar sentirme irada por su comportamiento, pero a la vez siento lástima por Marshall, quien no cena con su nieto desde hace tres años.

—Vale —asiento—. Creo que... se me olvidó algo —señalo con el pulgar hacia las escaleras—. Comiencen sin mí —le dije a Lupe mientras subía hasta la segunda planta.

...CR...

Toco la puerta de su habitación con dos leves golpes y espero una respuesta

que demoró en llegar.

—¿Quién es? —arrastra las palabras con su voz ronca y vaga desde el otro lado de la puerta.

—Yo —contesto esperando que reconozca mi voz.

Luego de eso hubo unos largos minutos de silencio total. Esperé mil siglos, cruzo mis brazos impaciente y pego mi oído a la puerta a ver si había señales de vida allá dentro. No, todo está en total en calma. Exhalo ya aburrida de esperar. Me resigno creyendo que nunca saldría, pero el crujido del picaporte me hace detenerme.

—¿Qué quieres? —me observa con una mirada injuriosa.

Sin responderle lo contemplé. No tiene camisa —como la mayor parte del tiempo—, lleva uno *jeans* negros desabotonados mostrando la marca de sus bóxers y está descalzo. Se recuesta en el marco de la puerta con vagues y cruza sus piernas de manera engreída. Luego me sonrío. La vanidad emerge de su interior como un perfume que se esparce por todo el lugar y contamina mi oxígeno.

Una sola palabra.

*Arrogancia.*

—Me sorprende lo insensible que puede llegar a ser una persona como... tú. No sé por qué lo haces y tampoco te puedo juzgar. Tal vez no te agrada convivir, pero hazlo por tu abuelo, ¡por Dios! Me parece totalmente insensato que trates a tu familia como basura. El mundo no solo se trata sobre ti, ¿sabías? Allá fuera hay personas que te quieren... como Marshall y tus padres. ¿Y aún no los valoras? —indagué ofendida mientras entrecerraba los ojos en un acto de incompreensión.

Pues la verdad estaba enfadada y mucho. No concibo entender cómo este tipo con uno de los abuelos más geniales que he conocido pueda despreciarlo. *¡Qué no daría yo por tener a mis abuelos conmigo!*

—¿Podrías... solamente bajar y pasar un rato con el señor Marshall? Hazlo por él —pido mientras inhalo profundamente. Su expresión ni siquiera se inmuta, se mantiene con la misma mirada neutra que solo me hace sentir como una completa inútil.

Resopla—. Nunca he participado en esa estúpida cena. ¿Por qué tendría que hacerlo ahora?

¿Acaso no me había escuchado? Trago con dificultad y pude sentir cómo los orificios de mi nariz se esparcen como los de un dragón a punto de escupir fuego. ¿Cómo pude ser tan tonta para creer que un chico con tanta basura en la cabeza podría entender cuánto lo necesita su abuelo? Me sostuve el tabique con los dedos índice y pulgar, cierro los ojos para recuperar mi autodominio.

—Cierto. Fui una tonta al hacer esto. Tú solo... disfruta tu soledad dentro de

esas cuatro paredes. Sé feliz —hago un ademán hacia su habitación—. Diviértete —le brindo una leve sonrisa cargada en sarcasmo y le doy la espalda para marcharme al comedor.

Fue una total pérdida de tiempo.

*Y dicen que los rubios son cabezas huecas.*

...CR...

Hasta el momento todo va de maravilla. La cena está deliciosa y los postres ni hablar. El comedor familiar es como aquellos comedores en las películas de Harry Potter, solo que, obvio, más reducido y moderno. Es una larga mesa con ocho puestos a los costados y en los dos extremos una silla, lo cual equivale a dieciocho puestos.

El señor Marshall está sentado en un extremo de la mesa, yo me he sentado junto con él a su costado. El otro extremo está vacío, ya que ese es el puesto del señor River Crane y la silla a su costado también está vacía, porque es la de su esposa. La silla frente a mí tampoco está siendo utilizada, así que da a un total de tres sillas vacías. Es irónico que esto sea una cena «familiar» y solo un miembro de la familia esté presente.

Los trabajadores de la mansión se esparcen a lo largo de la mesa en los diferentes asientos y todos hablan entusiasmados y alegres. Lupe conversa con Margaret, quien es una de las mucamas, Pierre le cuenta sobre una receta secreta a Will, otro de los cocineros y Philip entablan una conversación con Gina, una de las encargadas de la limpieza.

Sobre nuestras cabezas está instalado un costoso, elegante y muy grande candelabro que ilumina la habitación con ayuda de las pequeñas velas que han colocado para adornar la mesa. Me siento como Michelle Obama en La Casa Blanca. O tal vez como la princesa Diana en el palacio de Buckingham en Inglaterra. La verdad no sé, pero el punto es que me siento genial.

—¿Qué tal la estás pasando? —me pregunta Marshall mientras se mete un *brownie* a la boca.

—Todo está buenísimo —le echo un vistazo a las bandejas sobre la mesa, a ver qué más se ve apetecible.

De un momento a otro Lupe se coloca de pie, mientras toma una copa y con un tenedor tintinea sobre el cristal para captar la atención de todos.

—Buenas noches. Para aprovechar este momento en el que estamos reunidos todos, quiero que le demos una cordial bienvenida a la nueva integrante de personal: Megan Lennon. Es más joven que todos nosotros, pero no creo que eso nos afecte —bromea, a lo que yo respondo con una sonrisa—. Bienvenida, Meg —dice ella, a lo cual le siguieron los demás trabajadores y solo me limito a

responder con un amable «Gracias».

La puerta del comedor se entreabre y el cuerpo de Carter aparece frente a nosotros. Trae la misma sonrisa presumida y segura de siempre. Lleva puesta una playera blanca, los *jeans* negros —ahora abotonados— y unas converse. Por lo menos se dignó a vestirse y no venir semidesnudo al comedor.

El lugar queda en total silencio cuando todos notan quién es el que ha entrado. Es como cuando el profesor más gruñón del Instituto entra en un salón de clases. Carter toma asiento frente a mí ubicándose al otro costado de la mesa, junto a Marshall. Me observa por unos instantes sin dejar de sonreír de la misma forma y no pude evitar sentirme un poco intimidada.

—Sí, bienvenida, Lennon —su voz gruesa causa que un escalofrío recorra toda mi espalda, algo que nunca había sentido con un chico. Es como si mi cuerpo me estuviera alertando de que algo inquietante anda por mis alrededores. Siento náuseas y por poco lo escupo todo.

Trago con dificultad—. Gracias —musito.

—Creo que a ti también hay que darte una bienvenida, Carter, es una sorpresa verte por aquí —habla Marshall mientras juega con la comida y mira fijamente a su nieto.

—Pues no creo que sea ninguna sorpresa, querido abuelo. Simplemente me dio hambre y quise probar algo... distinto. No es nada nuevo —le responde cargado en indiferencia.

Y este, oficialmente, ha sido el primer intercambio de palabras que he podido observar entre Carter y Marshall Crane. Tampoco puedo dejar a un lado la tensión que se condensa entre ellos y cada vez se hace más compacto, lo que edifica un amplio muro entre ambos.

Pierre carraspea incómodo.

—Es un gusto tenerlo con nosotros, joven Carter —dice con su muy marcado acento francés que puede reconocer a leguas. Carter solo asiente en un saludo hacia el cocinero.

El resto de la cena fue excesivamente incómodo. El silencio inunda la habitación y el único sonido audible es el tintinear de los tenedores contras los platos. Nadie habla, nadie ríe. Es terrorífico y por un momento deseé no haber invitado a Carter.

Pensé en algo que decir para quebrantar el silencio.

—¿Por qué Carter no cena nunca con ustedes?

Hice un intento de susurrar, ya que la pregunta va dirigida especialmente para el señor Marshall. Pero al parecer ha habido un desperfecto en los altavoces de mis cuerdas vocales, lo que provocó que mi pregunta se escuche hasta en el más mínimo rincón del comedor. Creo que hubo hasta eco. Tendré que llevar esos estúpidos altavoces a reparar.

Siento cómo de manera instantánea mis mejillas se incendian al darme cuenta de lo que he dicho y cómo todos los presentes tienen su mirada sobre mí.

Observo cómo Carter deja caer el tenedor sobre la mesa, lo que causa un leve estruendo en medio del silencio. Estaba masticando algo de su comida, pero inmediatamente su mandíbula se tensa y traga, lo cual hace que su manzana de adán se mueva. Me observa fijamente con la mirada que un asesino le lanzaría a su víctima.

*Esta vez sí la embarré.*

—Bueno, Maggie, mi teoría siempre ha sido que mi nieto prefiere pasar horas jugando frente a una pantalla en vez de invertir el tiempo con vejestorios como nosotros, y en parte creo que lo comprendo un poco, pero de alguna manera... —comenta Marshall, pero es interrumpido.

—Abuelo, creo que a esta... —me lanza otra mirada utilizando su hiriente tono despectivo—... no hay por qué darle explicaciones. Además, ¿por qué le llamas Maggie? ¿Acaso ese no era el nombre que...?

—Carter, hijo, no tienes por qué hablarle así a una dama.

—¿Y tú crees que a esto se le puede llamar dama? —me señala, divertido.

Un furor empieza a crecer dentro de mí. Mi medidor de odio hacia Carter Crane había aumentado. Cierro mis manos con fuerza por debajo de la mesa hasta que mis uñas se clavan en las palmas de mis manos y mis nudillos palidecen. De pronto dejo caer mi puño encima de la mesa sobresaltando a todos, incluso a mí.

*Necesito matemáticas.*

—¡Pues tú tampoco eres un caballero que digamos! —replico.

—Oh, vamos, chicos, no vayan a discutir ahora —ruega el señor Marshall.

Se levanta de golpe, plasmando sus fuertes manos sobre el mantel e inclinándose hacia mí por encima de los utensilios.

—No abuelo, no pienso dejar que esta rubia, que tal vez sea oxigenada o teñida, me humille.

Oh, no.

No lo dijo.

Rayos, sí lo dijo.

Mis mejillas empiezan a arder de la cólera e indignación por lo que aquellas dos pequeñas pero ofensivas palabras han causado en mí.

¿Teñida?

¿Oxigenada?

Me levanto y lo enfrento en una guerra de miradas asesinas— ¿Qué tipo de chica crees que soy, eh?



—De las peores —contesta con una sonrisa de medio lado.

—Correcto. Así que te advierto que no me vuelvas a llamar de esa manera si no quieres que te depile las piernas y cejas de la manera más dolorosa posible durante la noche. Y por si no sabes qué es una depilación, solo te diré que es algo que no querrás experimentar —tomé una servilleta, me limpio los labios cautelosamente y se la lanzo en la cara—. Y por cierto, soy natural. Buen provecho —le hago una reverencia cargada en sarcasmo y la acompaño con un guiño de ojo para luego largarme del comedor llevándome todas las miradas.

Incluyendo la perpleja y absurda de Carter.



#LecciónDelDía:

Procura pensar antes de hablar,  
puedes arruinarla con solo una palabra.  
Por cierto, jamás le digas a una rubia que es teñida.

## RUTHIE, LA BROMISTA

Capítulo 4

Intenté dormir.

Oh, vaya que lo había intentado.

Pero, por más que tratara, mis párpados no lograban cerrarse ni un segundo. Tal vez sea por la ira que me consume por dentro y no deja mi alma en paz.

Me encuentro sentada frente a la mesita de noche con una incandescente lámpara de noche sobre mi cabeza, un lápiz en la mano, una hoja llena de números y el resto del escritorio está cubierto por hojas iguales. Mi mano se mueve rápidamente sobre la hoja como si habláramos de una máquina, dibujando números y signos sobre el papel. Al terminar con aquella operación que también había acabado con la hoja, la lanzo a un lado y tomo otra para continuar. Estoy fuera de control y los números no dejan de revolotear por mi mente.

Mi mano empieza a entrar en un tic nervioso impidiéndome seguir con mi escritura, tomé un largo respiro. Vaya, parece que no me había preocupado en respirar desde que había empezado a trazar signos y números. Me sostengo el

cabello con ambas manos y trato de calmar mi pulso. Estoy mal. ¡Todas aquellas operaciones están mal al igual que mi vida! Y para mi sorpresa, también estoy sudando. Observo las páginas sobre la mesa casi inentendibles. Tomo el montón entre mis brazos y las lanzo debajo de la cama. Todas mis operaciones compulsivas están ahí debajo. Todas.

Me siento sobre el borde de la cama y medito en lo que haré.

No puedo dormir.

Odio a Carter Crane lo suficiente como para escribir páginas llenas de números.

Me fijo en el reloj.

10:55 p.m.

Todos deben estar durmiendo a estas horas. Sonrío abiertamente para mí misma cuando una idea llega de golpe a mi mente. Sé exactamente lo que tengo que hacer. No tiene nada que ver con Carter Crane por el momento. Se trata de otro imbécil.

Me observo en el espejo, tengo la misma ropa con la que fui a cenar. Si voy a salir a estas horas de la noche necesito cubrirme del frío. Las noches en San Diego no son muy cálidas que digamos. Me coloco una sudadera gris con capucha y tomo mi mochila.

...CR...

La casa está casi a oscuras, a excepción de una luz que proviene de las habitaciones de la segunda planta, por lo general esa siempre se queda encendida. Bajo los escalones con sigilo sin poder distinguirlos gracias a la penumbra hasta llegar al piso de mármol en el que se refleja la luz encendida y mi opaco reflejo. Llego a la puerta exitosamente, pero todo se derrumba cuando el clic de un interruptor suena a mis espaldas y una luz ilumina el recibidor. Cierro mis ojos con fuerza sin girarme esperando a ser reprendida por Lupe y sus grandes caderas. Mas no es su voz la que escucho.

—¿Qué rayos estás haciendo?

Es nada más y nada menos que el insoportable Carter Crane. Maravilloso.

Se encuentra a los pies de la escalera, recostado a la baranda mientras me observaba detenidamente.

Ruedo los ojos debido a que su presencia es irritable.

—¿Qué haces despierto?

—Es mi casa, yo hago las preguntas. ¿A dónde se supone que vas? —suena más a mi padre que a cualquier otra cosa.

Pienso en una excusa—. Yo... voy a salir.

*Qué idiota. ¿No pude decir algo más obvio?*

—Gracias por la información —me da su sonrisa cargada en sarcasmo—. ¿A dónde? —¿acaso este chico no puede ser más agobiador?

—Al Night-Club que te mencioné la vez pasada. Usaré tu nombre para entrar y creo que te conté todo mi plan, ¿no?

A él no pareció agradaarle la broma; sin embargo, se cruza de brazos y se queda estático donde está mientras me brinda una mirada de «Si no me dices, no sales».

Me muerdo la parte interior de mi labio y suelto un suspiro exhausta de tantos rodeos. Creo que decirle la verdad no me perjudica en nada. Ajusto mi mochila al hombro y lo miro directo a los ojos, resignada.

—Iré a la casa de mi exnovio —anuncio.

Trato de evadir su mirada, lo que a él le causa gracia, ya que ahora una sonrisa traviesa y burlona se ha plasmado en su rostro.

—¿Le rogarás que vuelva contigo? —hace un puchero irónico—. Vamos, Lennon, deja al pobre chico en paz.

—No, no iré a rogarle nada. Iré por algo mucho mejor.

—¿Como qué?

—Dulce venganza —alzo la comisura de mis labios con picardía—. ¿Creíste que cualquier chico podría cortarme por teléfono y salir ileso? Te equivocaste de chica, Crane. Ahora, si me disculpas, necesito irme.

Me doy la vuelta para girar el picaporte, pero antes siento su fuerte mano alrededor de mi delgado brazo.

—Espera —pide.

Me estremezco al sentir su contacto, que me toma por sorpresa y no es para nada agradable. Me yergo, tenso la mandíbula y de un tirón me zafo de sus repugnantes y definidos dedos. Quién sabe qué habrá tocado con ellos.

—Quiero ir —dice.

¿Acaso había dicho lo que acabo de oír? Lo miro con una de mis cejas en alto y a continuación suelto una carcajada algo sarcástica, pero al notar su rostro determinado caigo en cuenta de que va en serio— ¿Qué? ¿Por qué o qué? No entiendo.

—Quiero observar cómo una destrozada chica cobra venganza de su exnovio y tal vez reírme un poco de su inminente fallo. Créelo, si voy, es solo por diversión —me guiña un ojo—. Además de que estoy aburrido.

Frunzo los labios ya harta de sus enredos.

—Mira, no irás por ningún motivo o circunstancia. ¿Entiendes?

—Oh, vamos, si vamos juntos claramente te llevaré en mi auto —dice con un tono seductor.

Un auto, eso es justo lo que necesito. Un auto me facilita todo el trabajo que requiere mi plan. Pero es el auto de Carter Crane. ¿O qué pensaba? ¿Ir a vengarme en taxi? Eso sería patético. Resoplo impotente, no puedo negarme.

—Vale. Pero una condición —pone los ojos en blanco.

—¿Ahora qué?

—Déjame golpearte —frunce el entrecejo.

—¿Golpearme? ¿Por qué?

—Tú me odias y yo te odio, ¿no?

—Cierto —asiente.

—Pues me has fastidiado lo suficiente hasta ahora y no creo poder soportarte ni un segundo más si no me dejas golpearte.

—Humm, no es algo que tenga sentido, pero aceptaré. Nada de rostro y mucho menos en la entrepierna, ¿de acuerdo?

—Bien. ¿Listo?

—Sí, lo que sea, acabemos con esto.

Primero le doy un fuerte golpe en el pecho y creo que se me entumece algo la mano. Recuerdo todos los insultos que me ha dicho hasta la fecha y entonces le doy con más fuerza en los brazos. Le pateo una pierna, le piso los pies y suelto más golpes al azar hasta acabar exhausta y sin aire. Pero lo que me parece casi irreal es que él ni siquiera ha mostrado signos de dolor. Solo se quedó allí inerte, mientras yo lo usaba como un saco de boxeo. Ni siquiera se movió. Me coloco las manos en las caderas mientras intento recuperar el aliento. De seguro he de verme ridícula.

—¿Te divertiste? —pregunta con una sonrisa.

Asiento—. Se siente genial. ¿En serio no te dolió?

—No —dice mientras abre la puerta y ambos nos adentramos en la oscura y friolenta noche.

—¿Puedes fingir que te duele por lo menos? No es tan divertido si no te duele.

Se detiene y me observa con una mirada que demuestra su completa apatía hacia mi persona. Parece confundido y divertido al mismo tiempo. Luego alza una de sus cejas.

—¿Auch?

...CR...

—De acuerdo, ¿cuál es el plan? —indaga una vez estuvimos dentro de su Audi negro que se confundiría con la noche si no fuera por la luces.

Sí, Carter tiene un *Audi* para él solo. Si acaso yo tengo una bicicleta y debo compartirla con Wendy. Esa era la diferencia entre Carter y yo. Él es rico y yo

soy... yo.

Carter pone el auto en marcha.

—Ir a casa de Ruth.

—¿No es a la casa de tu exnovio?

—Claro, pero como en todo plan se necesita un protocolo para llevarlo a cabo. Tengo que conseguir algunas cosas para elaborar mi venganza.

—¿Qué se supone que le harás al pobre chico? —suelta una mano del volante y se la lleva al cabello.

—No te lo diré hasta que llegue la hora de hacerlo. Tal vez te intimide un tanto, así que será sorpresa.

—Bien. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Ryan.

—Ryan... —repite como si estuviera rastreando el nombre entre los archivos de su memoria— ¿Ryan Damhuel?

—Sí, ¿lo conoces?

—He escuchado de él. Es todo un patán.

*Un poco, pero no más que tú,* pienso, ya que decirlo en voz alta quizás sea como firmar mi sentencia de muerte, exagerando.

—¿Entonces dónde vive la tal Ruth?

—En su casa se organizó una de las más grandes fiestas de Crawford. Creo que tú debiste asistir —echo un vistazo fuera de la ventana para ubicarme en la dirección que vamos—. Fue esa en la que Sanders Keins vomitó medio litro de cerveza y grabaron un video que en poco tiempo se volvió viral —comento y él sonrió al recordarlo.

Como he dicho anteriormente, nunca asistí a fiestas, pero mi mejor amiga Jade sí. Así que después de cada una de esas fiestas ella me contaba con especificaciones lo sucedido. Por eso sé cada mínimo detalle de todas las fiestas organizadas en Crawford sin tener la necesidad de haber asistido a ninguna de ellas.

—Es la casa de Ruth Fraser, quizás las conozcas como *Ruthie, la Bromista* —entono como si fuera un eslogan. Carter suelta una simple carcajada.

—Ruthie, la Bromista, claro.

El apodo va congeniado con su reputación. Ruth era la reina de las bromas en Crawford antes de que nos graduáramos. Cualquiera día del año te hacía una. Pero el Día de los Inocentes mitad del instituto temblaba, ya que esta chica se daba a lucir. Nadie se escapaba de ella. Desde el más popular hasta el más marginado caía por más simples que fueran las bromas y la cantidad de trucos que realizaba me sorprendía. La verdad debería considerar ser bromista como una profesión, así Ruthie ganaría mucho dinero. Me pregunto por qué aún no le

han dado su Récord Guinness a «Más bromas realizadas». Creo que ella tiene un pergamino de varios kilómetros de distancia con cada una de sus bromas y víctimas.

Obvio, bromas en el instituto significan problemas, así, si querías encontrarla, siempre la verías en la oficina del director. Se lanzaba sobre la silla, subía los pies al escritorio del director y luego entonaba un despreocupado «¿Qué hay, William?», gracias a la extraña relación que mantenía con el director después de visitarlo tanto. O por lo menos eso es lo que he escuchado. También era conocida como una chica liberal, ruda y sarcástica, sin dejar a un lado su característico estilo *punk*. Siempre tiene un mechón de su cabello azabache teñido de un color diferente cada mes.

Para mí, es una chica fascinante.

—¿Y en qué rutada caíste? —me pregunta Carter.

*Rutada* es el término que usaban los estudiantes de Crawford para referirse a las bromas provenientes de Ruthie. Creo que incluso consideraron cambiar el Día de los Inocentes por el *Día de las Rutadas*.

—No puedo contarlas con los dedos, pero creo que mi preferida fue la vez que me quedé dormida en clase y me tiñó las puntas del cabello con crayón. Me di cuenta cuando empezaron a llamarme «Peluca de payaso» —bufo con el vago pero divertido recuerdo— ¿Y tú? No me dirás que te escapaste de Ruthie.

—Nadie escapa de ella. En clase gimnasia recortó mi camiseta, no me preguntes cómo. Hizo dos hoyos en la zona de mis pezones y sin darme cuenta salí a la cancha así. Cuando llegué todos se me quedaron mirando hasta que lo noté. Luego Shawn vino, me pellizcó un pezón y me dijo: «Lindas tetas» —imita a Shawn de forma graciosa.

No puedo evitar reírme de tan solo imaginarlo.

El auto se estaciona frente a la gran casa de Ruthie. No es tan grande como la de los Crane, pero es bonita. Las luces están encendidas, así que ha de estar despierta.

—Vuelvo en seguida —salto fuera del auto y me acerco al porche de la casa con pasos rítmicos.

Siento la penetrante mirada de Carter atravesarme la espalda. No sé cómo, pero podía apostar a que estos instantes me observa con esa mirada analítica de siempre.

Toco el timbre y enseguida la puerta se abre como si me estuviera esperando. Ruth aparece con una sonrisa simpática en el rostro y con esa mirada traviesa que la caracteriza. Frunce levemente el ceño al verme sin dejar de sonreír. Esta igual que siempre, lo único diferente es el color de su mechón que esta vez se muestra de un turquesa eléctrico.

—¿Lennon? Qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

Como he dicho anteriormente, en el instituto no solía tener una vida social activa. Pero Ruth es algo parecido a mi amiga cruel y encubierta, ya que nadie sabe que ambas tenemos algo cercano pero a la vez lejos de la amistad. Yo era una de sus víctimas preferidas a la hora de hacer sus bromas, ya que mis dotes ninjas suelen estar por los suelos en todo momento. Soy ingenua y fácil de engañar, pero a la vez me causa gracia y no me molestan en absoluto sus bromas.

—Necesito un favor... que implica una broma.

La sonrisa de Ruth no se pudo extender más. Deja caer sus hombros sobre el marco de la puerta, se relame los labios y se acaricia las manos en un acto cómplice. Toma un aspecto similar al de un vendedor de drogas en aquellas calles clandestinas, solo que esta no es para nada la situación.

—Vale, solo dime lo que necesitas, linda.

Busqué un papel en mi bolsillo trasero y lo desdoble haciendo aparecer la lista de cosas. Luego empiezo a recitarla en orden.

—Cinta adhesiva.

—¿De qué tipo?

—¿Existen tipos de cinta adhesiva?

—¡Claro! ¿Con quién crees que estás hablando?

—De acuerdo. Dame la más adhesiva que tengas, ¿vale? —ella asiente—. Cera depilatoria, papel adherible y...

—¿Y?

—Sonará raro, pero... ¿tendrás algo que pueda hacer dormir alguien durante un tiempo? —alzo las cejas esperando no sonar tan estúpida como me escuché.

—Por supuesto. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—¿Treinta minutos?

—Perfecto.

Después de unos minutos, Ruth fue y regresó con todos los materiales.

—Cinta adhesiva, cera depilatoria, papel adherible y esto —menciona todo lo que le solicité y por último me mostró un pequeño frasco del tamaño de un pulgar lleno de un líquido azul. Me da una sonrisa perversa y por unos instantes considero el hecho de que Ruth sea cínica o paranoica.

—Es vía nasal. Solo aplícalo en donde lo pueda oler y caerá como tronco en unos instantes. Siempre funciona —tomo todas las cosas y las guardo en mi mochila. Luego le agradezco a Ruth, pero ella ya está echando una mirada por encima de mi hombro.

—¿Carter Crane? ¿Sales con él? Nunca me pasó por la cabeza, linda. Qué suerte la tuya, ese chico es todo un bombón y el dinero brota por los poros de su familia.

Me ajusto la mochila al hombro y aparto un mechón de mi frente.

—Oh, Ruth, claro que no salgo con él. Jamás caería tan bajo —ruedo los ojos—. Solo me está ayudando con mi broma, eso es todo.

—¿Qué tienes planeado? —indaga ella con suspicacia.

—Haré una depilación gratuita a un cretino —le guiño un ojo traviesa y luego me doy la vuelta para regresar al auto donde Carter aún me espera.

A mis espaldas escuché los jubilosos gritos de Ruth— ¡Ve con mi bendición, Lennon! —y no pude evitar reír a mis adentros.

...CR...

Carter estaciona el auto a unas cuantas calles de la casa de los Dhamuel para que nadie sospechara. Nos escabullimos en el jardín, detrás de unas plantas que la señora Dhamuel hace crecer muy grandes. De seguro aquí nadie nos vería y menos en la oscuridad. Nos lanzamos sobre el húmedo y corto pasto a planear nuestros pasos.

Agradezco que Ryan no tenga un perro en estas circunstancias, pero a unas cuantas manzanas se puede escuchar el ladrido de uno. La casa de los Dhamuel consta de solo una planta, pero es larga y extensa con un gran jardín y unos cuantos árboles.

—Hoy es viernes, lo cual significa que Ryan está solo en casa. No hay de qué preocuparnos —susurro, lo que hace que mi voz suene opaca y chillona. Carter se ve divertido y muy confiado en lo que hacemos, pero de alguna manera quise calmar sus nervios inexistentes... o tal vez son los míos.

—¿Cómo sabes eso? —ahora ambos susurramos y a diferencia de la mía, su voz se escucha áspera y gruesa. Apoya sus manos sobre la grama y me observa.

Saco un papel y bolígrafo de la mochila para luego comenzar a trazar mi rápida caligrafía sobre el papel mientras le explico entre más susurros —todos los viernes los padres de Ryan se van al casino. Él se queda solo en casa, ya que es un niño de mamá y también un inútil. Pero no te preocupes, tú siempre serás el número uno en mi lista —digo y observo por el rabillo del ojo cómo sonrío.

Escribo unas palabras más sobre el papel y luego lo doblo en dos.

—Me alegra mucho escuchar eso —noto una larga línea que se ha adherido a su rostro llamada *Sonrisa de tarado*.

Aparto la mirada de la irritable pero atractiva cara de Carter y la enfoco en lo que realmente es importante. Mi venganza. Saco el líquido azul que me dio Ruth y lo abro algo vacilante. No sé cuán peligroso puede llegar ser o a cuanta distancia podría ser su efecto, así que decido ser precavida.

Al verlo, Carter recobra la compostura y alterna su mirada entre el líquido y



yo.

—¿Qué rayos es eso? —pregunta en voz alta, lo que causa que me sobresalte y que casi derrame del líquido.

—Cierra la boca —reprendo y llené mis pulmones de aire en busca de paciencia.

Tomé la carta en donde había escrito y dejo caer algunas gotas azules que luego se desvanecen mágicamente al ser absorbidas por el papel. Espero que esta cosa sea legal.

—Irás y pondrás esto frente a la puerta —le hablo a Carter mientras señalo el papel—. Tocas el timbre y regresas aquí. Es sencillo, espero que no seas tan tonto como para estropearlo.

Carter bufa.

—Pues no lo soy —me arrebató la carta de un jalón y se la lleva a la nariz.

*Oh Dios, no.*

Mis ojos se abren como platos al ver lo que hace, después de todo él no es tonto. Es mucho más que eso. Antes de que tuviera la oportunidad de inhalar se la aparto de un manotazo y le di una cachetada. Algo aturdido suelta una palabrota mientras se acaricia la zona del golpe y luego me fulmina.

—Eres una loca desgraciada. ¿Qué rayos te sucede?

—¿Qué sucede? —grito en un susurro—. Se supone que esto hará dormir a Ryan durante treinta minutos y tú, como el zopenco que eres, por poco y lo inhalas —me aparto los mechones que han caído sobre mi frente—. Aunque después de todo creo que debí dejarte hacerlo —reflexiono.

—Ya cierra la boca —rueda los ojos y toma la carta mientras se coloca de pie—. Observa y aprende, preciosa.

Me lanza un guiño seductor que haría derretir a cualquier chica, pero que en mí solo causa irritación.

Vamos, Carter, no lo arruines.



#LecciónDelDía:

Si tienes un amigo que te hace bromas, no te molestes.

Algún día te servirá de ayuda. Como dice el dicho:

«Si la vida te da limones, tíraselos a la cara...

digo... aprende a hacer limonada... eso».

# DEPILACIÓN GRATUITA

## Capítulo 5

Observo cómo Carter corre. Su torso se inclina hacia adelante, quedando muy cerca de sus piernas, las cuales se reclinan haciéndolo parecer más pequeño. Lo que es irónico ya que él era muchísimo más alto que yo. Supongo que esa es su ridícula técnica para pasar por desapercibido. Una vez llega al porche de la bonita casa deja la carta sobre la alfombra que se ubica frente a la puerta. Luego, como si fuera un ninja toca el timbre, que rápidamente resuena por los adentros de la vivienda. Corre de regreso en mi dirección algo torpe y tropieza un par de veces, pero finalmente llega. Se lanza a mi lado detrás de la muralla de plantas algo jadeante.

—Eso... fue... genial —sonríe.

Sin embargo, no le presto atención por estar al pendiente de lo que está por suceder. Ambos nos arrodillamos sobre la grama y tratamos de ver a través de las hojas. Desde aquí tenemos una vista lateral al porche, no es perfecta, pero podemos conformarnos.

—¿Ahora qué? —susurra él a mi lado, igual de intrigado en la escena.

—Hay que esperar —respondo y limpio el sudor de mis manos en mis *jeans*.

La puerta tarda unos minutos en abrirse e iluminar el oscuro porche. El corpulento y voluptuoso cuerpo de Ryan se asoma algo desconcertado. Frunce el ceño al ver que no hay nadie y luego exclama algo inaudible a nuestra distancia.

*Mira hacia abajo, cretino, mira hacia abajo, susurro por mis adentros.*

Y, como si me hubiera escuchado, lo hizo. Vio la carta y se inclinó para tomarla. Cuando la tiene entre sus manos, sus gestos se fruncen aún más. Debe haber visto la inscripción con mi nombre. Alza la vista y aprecia el panorama en busca de alguien, pasea su mirada por todo el jardín incluyendo la muralla de plantas de la señora Dhamuel. Mi cuerpo se tensa al verlo fijar su mirada en nosotros, mi respiración se corta, mis ojos se abren y juro que nos estaba observando.

¡Pamplinas!

Cuando aparta la mirada para fijarla nuevamente en la carta casi me desplomo sobre el pasto. La tensión aún se siente en mis huesos. Respiro en un intento de recobrar la compostura y miro atenta a sus siguientes movimientos. Desdobra la carta y comienza a leerla. Al principio su expresión se mantiene neutra, pero de pronto una sonrisa arrogante atraviesa su cutis.

Le echo un vistazo a Carter, quien observaba a Ryan con los ojos muy abiertos. Gira su cabeza posando sus ojos miel sobre los míos y nuestras

miradas se conectan por unos instantes.

Él alza una de sus oscuras cejas.

—¿Qué dice? —susurra aún más bajo que antes, refiriéndose a la carta.

Me humedezco los labios y le contesto en el mismo tono.

—Pues es una falsa nota pidiéndole que regresemos. Que no puedo vivir sin él y un montón de mentiras más —explico con los leves movimientos de mis labios—. Y me encargué de agregar una posdata: «Una muestra de mi perfume para que me recuerdes» —le cito lo que escribí.

Carter deja escapar una sonrisa traviesa.

—¿Quién lo diría, eh? Después de todo, Meg Lennon resultó ser una mente depravada.

Pongo los ojos en blanco y cuando vuelvo a posarlos en el porche, Ryan ya está inhalando el papel. Esta vez una sonrisa malvada aparece sorpresivamente en mi rostro. No me la esperaba, pero por alguna razón me causa un gran placer ver caer a Ryan sobre el piso del porche dormido.

*¡Bendita sea Ruth y su armamento bromista!*

—¿Pero qué rayos...? —expresa Carter ahora en voz alta.

Me coloco de pie, me sacudo los *jeans*, ajusto mi mochila a mi hombro y me acomodo la sudadera —ven, corre— le hago señas para que me siga, ya que estoy en medio jardín.

Ambos nos acercamos al porche con pasos rápidos para terminar justo en frente del cuerpo inerte de Ryan. Tiene un parecido fantasmal al Bello Durmiente.

Miro mi reloj de mano que descansa sobre mi muñeca y activo la alarma con el pequeño botón. Me acerco a la parte anterior de su cuerpo y lo tomo de los brazos en intento de levantarlo.

—Vamos, toma sus piernas —le indico a Carter, quien obedece sin protestar, pero que empieza a lanzar preguntas aleatorias.

—¿Qué rayos le hiciste? ¿Esto es legal? ¿Qué vamos a hacer? ¡Rayos, Lennon!, te juro que si me metes en problemas...

—¿Puedes cerrar la boca de una puñetera vez? Te estás comportando como el nene de mamá. No habrá problemas... o eso espero. Como sea, ayúdame llevarlo adentro —hago un ademán con la cabeza hacia el interior de la casa—. A partir de ahora tenemos treinta minutos para depilar a este bastardo.

—¡¿Depilar?! —los ojos de Carter se expanden al oírme.

—Ajá —alzo mis cejas retándolo.

Él se limita a sonreír con inseguridad y desconfianza.

Con el esfuerzo de ambos logramos trasladar a Ryan hasta su habitación. Al llegar enciendo las luces que iluminan el viril y masculino cuarto. Le indico que lo deje caer sobre la cama *king size* y, sin más, lo lanzamos sobre el colchón, lo

que causó que su cuerpo rebote un par de veces y alguno que otro resorte proteste por el peso.

Me siento en el borde de la cama con la mirada de Carter fija en mí. Extraigo todos los materiales fuera de la mochila, los coloco a un lado y tengo que repetir el acto de secarme el sudor de las manos, ahora sobre mi sudadera. Le echo una última mirada al cuerpo de mi exnovio antes de empezar.

—De acuerdo —dejo salir un largo suspiro preparándome para lo que estoy por hacer—. Aquí vamos —destapo el envase que contiene la cera depilatoria. Tomo una paleta y la lleno con el espeso químico—. Súbele los pantalones —le ordeno a Carter.

—¿Qué?

—Que le subas la vasta hasta las rodillas —vuelvo a explicar.

Él me lanza una mirada vacilante, pero finalmente obedece y le alza la vasta de los *jeans* a Ryan, dando a descubrir el abundante pelaje en las piernas de este. Para un hombre esto es todo un logro.

—¡Por todos los cielos! —exclama Carter junto a mí— ¡Pero qué vellos! — Ahora se pasa una mano por el cabello acomodando unos mechones que estaban fuera de lugar.

—Todo un trofeo, qué lástima que tenga que eliminarlos —digo y comienzo a untar la cera sobre las bronceadas piernas de Ryan y su glorioso pelaje.

Carter me observa mientras lo aplico, ambos en silencio. Siento cuando su mirada se aparta de mi acto y se dirige hacia otra parte de la habitación, yo continúo.

—¿Qué son? —pregunta.

Me detengo y giro hacia él, quien está observando la gran repisa llena de los muñecos *otakus* tamaño miniatura. Observa cada uno con mucha atención y los examina con cuidado. La última vez que estuve en esta habitación Ryan me comentó que ya había llegado a los ochenta y siete ejemplares de la décima colección de no recuerdo qué rayos. Por cierto, cabe resaltar que Ryan adora esos muñecos.

—Ah, Ryan está obsesionado con un anime y desde entonces ha estado coleccionando esas cosas —explico y aprovecho la pausa para volver a empapar la paleta de cera—. Si gustas puedes romperlos, sería un extra a la venganza —digo y vuelvo a mi anterior labor con las piernas de Ryan.

—¿Segura? —dice y toma uno entre sus manos.

—Sin duda —lo aliento y luego escucho cómo Carter procede con su ahora nueva asignación.

A mis espaldas escuchó cómo juega con ellos para luego lanzarlos al suelo, los pisotea, los estrella contra las paredes y de alguna manera consigue una

tijera y ahora se dedica a decapitar a los diminutos muñecos.

Cuando ya hube terminado con la cera que apliqué en piernas, brazos y axilas, procedo a colocarle la cinta adhesiva sobre todas aquellas partes. Le indico a Carter que se detenga y me ayude. Jadeante, se posiciona del otro costado de la cama y se coloca las manos en la cintura recobrando el aliento.

—A la cuenta de tres yo quito la cinta de sus axilas y brazos, tú la de las piernas. ¿De acuerdo?

—¿Qué me asegura que no se levantará y me dará un golpe?

—No lo hará —me acomodo en posición y cuento—. ¿Listo?

—Va.

—Una... dos...

—Espera, ¿no le dolerá? —su expresión es vacilante.

—Está más dormido que una roca. Además, si le duele, ¿a quién le importa?

—Está bien.

—¡TRES! —anuncio y escucho como el sonido cortante y arrebatador de la cinta al ser retirada atraviesa el aire.

De un tirón le elimino los vellos y dejo sus brazos despejados y prosigo con las axilas. Sonrió complacida al ver mi trabajo y observo el pasivo semblante de Ryan. Al parecer no sintió nada, ya que su ceño se mantuvo igual de pasivo que siempre.

—¡Oh no, no puede ser! —alzo mi vista hacia Carter, quien se está ahogando en carcajadas en estos momentos.

De sus manos cuelgan las dos largas tiras de cinta adhesiva que había aplicado en las piernas de Ryan, solo que esta vez están forradas con vellos. Me uno a la risa de Carter que poco a poco se intensifica hasta terminar ambos en el suelo rendidos, ahogándonos en nuestra propia saliva. Me sostengo el estómago en un acto de detener mi dolorosa risa y Carter patatea tratando de detenerse.

*Tip... tip.*

El sonido de la alarma deja un vacío silencio.

—Maldición, nos quedan solo cinco minutos antes de que pase el efecto —digo y me coloco de pie ya recobrada. Me acerco a Carter—. Dame eso —voy y le quito las tiras con los vellos de Ryan mientras él intenta levantarse del suelo.

Los pego a la pared, para que de esa manera al despertar lo primero que vea sean sus adorados vellos.

—Abre ese cajón y saca la máquina de afeitar, ¡rápido! —doy órdenes, las cuales Carter cumple—. Cuando la encuentres, conéctala al enchufe que está allí —señalo hacia un costado de la cama donde hay uno.

Mientras tanto yo me encargo de sacar papel adherible y un bolígrafo. Escribo

rápidamente.

—Ya lo tengo... ¿Ahora qué? —escucho decir a mi compañero de crimen.

—Hazle una línea en medio del cabello —digo sin apartar la vista del papel en el que escribo.

—¡¿Qué?! —siento la adrenalina en su voz. En cualquier momento Ryan podría despertar.

—¡Que le hagas una bendita línea en la cabeza! ¡Rápalo! ¡Haz lo que sea posible para que cuando despierte no se siga viendo tan descaradamente atractivo!

—Lo que tú digas —dice y luego escucho cómo enciende la máquina.

Detengo el bolígrafo al darme cuenta de que me había quedado sin ideas. Exhalo frustrada.

—Dime algo que rime con esto: «Si a Meg Lennon por teléfono tu cortas...» —dejo la frase en el aire.

—¿Que rime? ¿Para qué o qué?

—Quiero dejar una huella de que estuve a aquí y de que no debió haberme cortado por teléfono. Pero solo que de una manera... no lo sé... ¿poética?

—Eso es patético.

—¡No me interesa! ¡Solo dime algo que rime! —me sostengo el cabello con ambas manos.

—Wow, cálmate. Déjame pensar... «Si a Meg Lennon por teléfono cortas... ¿con tus vellos ella te lo cobra?».

—«Si a Meg Lennon por teléfono cortas, con tus vellos ella te lo cobra» —cito en análisis—. Carter eso es... perfecto —digo algo sorprendida de sus dotes y sin vacilar lo escribo sobre el papel. Él bufa.

—Lo sé, soy genial.

Ignoro su arrogante comentario y, cuando termino de redactar la corta frase, la pego en la pared junto a los vellos y me giro para ver el trabajo de Carter. Sonrío. Le ha quitado algunos mechones de cabello y lo dejó algo espantoso, podría decirse.

—Bien. Es hora de irnos —meto todo en la mochila y Carter deja la máquina de afeitar a un lado para seguirme fuera de la habitación.

Antes de salir tuvimos que pasar por encima de la pequeña montaña formada por los minicuerpos de plástico decapitados. Al llegar al jardín frontal camino hasta la parte lateral de la casa donde se encuentran los árboles. Me detengo frente a uno y comienzo a subirlo. Desde este árbol tendríamos una vista directa a la habitación de Ryan. Lo había descubierto hace un par de meses cuando vine a espiar a mi para entonces novio, por razones que no quiero mencionar.

—¿Qué estás haciendo? —escucho a Carter decir por debajo de mi cuerpo.

Aprendí a subir y bajar este árbol tal como un gato lo haría.

—Consigo una mejor vista —explico y para entonces ya me estoy acomodando en una rama entre las hojas—. Es tu turno. Ven, sube —miro por debajo de mis piernas a Carter, quien me observa horrorizado.

—¿Mejor vista para qué?

—Oh, vamos, esta es la parte divertida en donde veremos los resultados.

—Tú... estás demente —niega con la cabeza y empieza a subir exactamente por donde yo lo había hecho.

Se acomoda en una rama cercana a la mía y me lanza una mirada con esos ojos miel que se muestran más opacos entre la oscuridad de las ramas.

Carter la observa a través de las hojas. Los ojos verdes de Meg resplandecen como dos luciérnagas intentando brillar, pero a la vez se ven sigilosos y atentos a cualquier alerta de peligro. Sus pupilas se dilatan y su iris verde es similar al de un felino por la noche.

No puedo negar cuánto me atrae el enigma de sus ojos verdes que capta mi atención con cada parpadeo. Me pregunto qué clase de genética se necesita para tener unos ojos como los de ella.

*Ya empezaste a pensar incoherencias, Carter.*

—Por lo que veo, debería despertar en un par de segundos. Supongo habrá que esperar —se fija en su reloj de mano y luego posa la mirada en la ventana de la habitación de Ryan que, por cierto, desde aquí tenemos una maravillosa vista hacia ella.

Su voz se escucha segura y tranquila, como si lo que acabamos de hacer fuera lo más común del universo. Como si este acto delictivo no nos traerá algún tipo de repercusiones, lo cual espero, ya que no creo tener tiempo para problemas dentro de mi apretada agenda.

Ambos esperamos a la expectativa a que el tal Ryan dé algunas señales de vida. *Vamos, chico, no te puedes morir; si lo haces, estaré en prisión el resto de mi vida,* ruego mentalmente.

—Mira eso —susurra ella y señala hacia la habitación.

Ryan había empezado a revolverse sobre la cama. Me enfoco en la escena y presto atención.

Primero comienza con pequeños susurros inentendibles y quejas. Luego su cuerpo empezó a reaccionar poco a poco. Abre los ojos de golpe sobresaltado y los clava en el techo. Su mirada se encuentra aterrada como si tuviera conocimiento de lo que le hicimos. Se sienta sobre la cama y al ver sus piernas y brazos pude admirar cómo su rostro se desencaja en horror y pánico.

—¡Pero qué...! —ruge sobresaltado.

Empieza a entrar en un tic nervioso y luego se lleva las manos a la cabeza.

Automáticamente sus brazos comienzan a temblar mientras observa los mechones de pelo sobre las palmas de sus manos. Por un momento siento verdadera lástima por él, pero luego recuerdo que soy Carter Crane e insensible es una de las palabras que me caracteriza.

El chico se levanta de la cama derrotado y al ver la montaña de cuerpos de plástico decapitados cae de rodillas al piso, boquiabierto y algo lloroso.

—¡NOOOO! ¡Lindsey, tú no! ¡Camille, por favor no! ¡Jason, no me dejes, amigo! —exclama nombres al azar mientras toma los cuerpos de plástico e intenta pegarlos a sus cabezas.

Aprecio la patética escena con los ojos muy abiertos. Definitivamente, este chico tiene más problemas que yo. De pronto empieza a sollozar y se coloca nuevamente de pie dirigiendo su mirada hacia los vellos pegados en la pared. Lee la nota que le dejó Meg, la toma entre sus manos y, al terminarla, suelta una tarra de insultos y maldiciones hacia ella. Rompe el papel y tira los trozos al piso, luego los pateo y descarga su ira contra el pobre papel. Deja caer su puño contra la pared en donde están sus vellos y, por lo que escucho, puedo asegurar que alguna fractura tiene que haber. Suelta un grito desgarrador al verse en el espejo.

—No, no, no... ¡NO! —repite el monosílabo como disco rayado mientras se examina detenidamente.

De pronto, un estridente golpe en medio del silencio me hace apartar la mirada de Ryan. Bajo la cabeza hacia el suelo de donde provino el ruido y puedo ver la mochila de Meg descansando sobre el verdoso pasto.

—¡Rayos! —musita mientras observa al igual que yo la mochila.

—¡HEY, USTEDES! —giro mi cabeza hacia la ventana de la habitación donde ahora se encuentra Ryan lanzándome una mirada aniquilante.

Por más ridículo que suene, temo que si nos alcanza, nos hará trizas. Trago en seco intimidado y siento cómo la adrenalina empieza a correr por mis venas. Estamos en serios problemas.

—¡Salta, Carter! —escuchó decir a Meg, quien ya se está deslizando fuera del árbol.

Observo su impecable caída sobre el suelo, aumentando más mis sospechas sobre sus tal vez dotes felinos.

—¡LOS HARÉ AÑICOS!, ¡¿ESCUCHARON?! —ruge Ryan desde la ventana y luego escucho cómo se aleja de esta para ir a nuestra captura.

¿En serio? ¿Añicos? ¿Quién usa esa palabra?

Hago un movimiento en un intento de descender, pero los nervios me traicionan y de pronto, de la manera más torpe posible, me encuentro tirado en el pasto al igual que la mochila de Meg hace unos segundos, solo que esta vez yo sí estoy completamente adolorido.

—¡Santa cachucha! —me quejo en un alarido— ¡Me lleva la madre! —



sostengo mi brazo y doy una patada contra el suelo.

Escucho los reclamos de Meg por encima de mí —¡Eres un...! —suspira—. Olvídalo... muévete. Nos va a alcanzar —dice y me ayuda a ponerme de pie con dificultad.

—Agh. ¿Esto no tenía que pasarte a ti? Después de todo fue tu idea —digo por lo bajo y escucho cómo la voz de Ryan nos amenaza desde el porche.

—Rayos eso ya no interesa, Crane, ¡corre!

Meg y yo comenzamos nuestra carrera. Corremos como si nuestra vida dependiera de ello, como si no hubiera un mañana. Ok, de acuerdo, estoy exagerando un tantito, pero fue algo muy parecido. Nos alejamos de la casa de los Dhamuel, acercándonos cada vez más a mi auto. Ryan nos sigue algunas manzanas hasta que dejamos de escuchar sus insultos a nuestras espaldas. Al llegar al auto nos escurrimos dentro de él jadeantes y sudorosos. Gimo exhausto y adolorido.

Había sido unas de las noches más intensas de mi vida, pero a la vez un asco.

Bufo mientras dejo escapar una sonrisa, que luego se convierte en una carcajada. Reflexiono sobre todo lo que sucedió al traspasar la noche.

Los vellos depilados, los muñecos decapitados, la afeitada de cabello, los dotes felinos de Meg, mi torpe caída y nuestra ridícula y penosa huida. Todo se ve tan patético una vez lo pienso y solo porque a la *rubia teñida* le dio sed de venganza.

—¿De qué te ríes? —reprocha confundida.

Mi risa se intensifica a lo que ella se une débilmente. Después de reírnos durante unos minutos ella me da un empujón.

—Ya párale. ¿Qué es tan gracioso?

Niego con la cabeza mientras tomo bocanadas de aire para reunir las palabras.

—Nada... nada. Solo recuérdame nunca jamás en mi vida cortar a una chica por teléfono, ¿vale?

#LecciónDelDía:

Es obvio. ¿No? ¿Acaso no te quedó claro?  
Nunca en tu vida cortes a alguien por teléfono.

# Tú no me importas, yo te importo

## Capítulo 6

Ya han pasado unas semanas desde nuestro acto criminal.

La verdad, nada ha cambiado desde entonces. Carter y yo seguimos con nuestros incómodos intentos de ignorarnos que tanto agradezco. No quería que después de esa escapada todo cambiara y que de la noche a la mañana Carter y yo fuéramos los mejores amigos del mundo. Pero no voy negar que aquella noche algo cambió en nosotros, aunque solo haya sido durante un par de horas.

El odio que nos teníamos mutuamente lo apartamos para descargarlo sobre una sola persona, que por pura casualidad era mi exnovio. Ambos nos pusimos de común acuerdo para hacer sufrir a alguien, cosa que nunca creí que pudiera suceder. ¿Carter Crane y Meg Lennon un equipo criminal? ¡Ja! Hasta dentro de mi mente suena gracioso. Pero, después de todo, no fue nada tan grave como para cambiar nuestra forma de odiarnos. Él sigue siendo el mismo infeliz de siempre y yo la rubia a la que odia sin justificación.

Todo había vuelto a la normalidad.

Me encuentro desayunando en el jardín trasero de la mansión Crane que, por cierto, es muy elegante como el resto de la casa. No puedo dejar por fuera lo hermosa que es la mañana sabatina de hoy. La grama estaba muy bien cortada y el rocío mañanero hace que se sienta fresca bajo mis sandalias. Los arbustos esparcidos a lo largo del jardín cobran diferentes formas: como la de una bailarina de ballet, un caballo, un pez, una estrella y entre muchas otras. Estas fueron creadas por el talentoso Philip, el jardinero. Una fuente se planta en medio del jardín y el sonido del agua al caer llena el lugar junto al leve ruido del aire al mover las hojas. El ambiente matutino es fresco y no creo que pueda sentirse mejor.

Desayuno acompañada de mis ahora amigos: la carismática y guapísima Lupe y el divertido y humorístico Marshall. Durante toda la mañana Lupe nos estuvo comentando sobre lo hermosa que es Latinoamérica y sobre su vida en el lugar en el que creció, creo es algo como... Cartagena en Colombia, no estoy segura. También nos estuvo enseñando algunas palabras típicas en español y la verdad creo que es un idioma muy lindo, elocuente y enigmático.

Por otro lado, yo, una *adulta novata* que escucha las lecciones de vida que cuenta el señor Marshall. Sin duda, Lupe y Marsh son dos adultos muy maduros. Espero algún día llegar a ser como ellos.

Tomo un poco de jugo de manzana y decido por fin abrir la boca.

—Una pregunta —pido y luego me saboreo los labios—. La verdad, me la he estado haciendo desde que llegué aquí. ¿Por qué tuvieron que contratarme a mí

si tienen a Carter? —inquiero curiosa.

Él es unos años mayor que yo, ya está grande y creo que podría hacerse cargo de su abuelo. Por eso me pregunto cuál es la necesidad de contratar a una cuidadora.

El señor Marshall y Lupe se miran cómplices de algo que soy ignorante y luego ambos sueltan pequeñas risas.

—Muy gracioso, Meg —dice Lupe mientras simula limpiarse una lágrima.

—¿Qué tiene de gracioso? ¿Qué dije? —pregunto sin entender.

—Pues es más que obvio que Carter no es como tú, Maggie —suelta el señor Marshall a la vez que revuelve su café.

Noto cómo el semblante de Lupe cambia al oírlo llamarme Maggie. Sus gestos se oscurecen y su mirada se pierde durante unos instantes, pero luego sacude la cabeza para dirigirse a mí.

—Podríamos decir que Carter no es un chico muy responsable. Lo único que hace es quedarse dentro de su habitación y jugar videojuegos. Pocas veces sale con su odiosa novia y con el encantador Shawn, pero no es usual. Por eso Shawn siempre viene a visitarlo. Después de que salió del colegio les pidió a sus padres que le dieran un año sabático, para poder pensar bien y luego ir a la universidad. Pero la verdad no lo veo con intenciones de eso —niega con la cabeza en un gesto de lástima mientras aprieta sus labios.

A continuación, el señor Marshall toma las palabras.

—A los dieciséis, Carter tuvo un cambio drástico. Hace tres años él era un chico alegre, de buen carácter, con humor, obediente y le encantaba salir con sus amigos y la novia que tenía para entonces. Antes solía tener novias y amigos por doquier —sonríe con el recuerdo—. Pero todo eso cambió cuando cumplió dieciséis. Se volvió malhumorado, odioso, irrespetuoso, grosero y todo lo que ves en él. Cuando llegaba del colegio se encerraba en su habitación al igual que ahora y se la pasaba jugando con esa máquina. Dejó de salir y terminó con su novia. No hacía su tarea y no tengo idea de cómo llegó a graduarse.

»La verdad, nadie nunca supo qué causó ese repentino cambio en él. En un momento estaba de fiesta y en unos pocos días ya estaba encerrado en el búnker de su habitación. Sus padres intentaron ayudarlo con un psicólogo y conversaciones íntimas, intentaron lo mínimo, pero lo único que causaron fue que Carter se encerrara aún más dentro de su caparazón —suspira—. Aún seguimos sin entenderlo. Decidimos aceptar que esa sería su nueva forma de actuar. Pero aún sigo creyendo que en alguna parte mi nieto de hace tres años está encerrado allí dentro del monstruo que hay ahora —expresa el anciano con resentimiento.

Proceso todo lo que me han dicho y decido guardar aquella información en mis archivos mentales, en una carpeta que llamaré «¿Por qué Carter es un

*gruñón?»*. Esa es información importante que debo recaudar para no meter la pata en ningún momento.

Entonces alguna vez existió un Carter Crane divertido y amistoso. Vaya, vaya, eso suena muy interesante... ¡JA! Se me hace totalmente imposible imaginarlo.

—¡Wow!, no tenía ni idea —fue lo único que logré decir antes de terminar mi último trago de jugo de manzana.

El señor Marshall suelta otro suspiro entristecedor.

—A veces solo quisiera que mi nieto dejara de ser alguien tan inmaduro e irresponsable. ¡Míralo! ¡Es un completo vago dentro de esas cuatros paredes! Un inútil que no piensa en un futuro —empieza a subir su tono de voz—. Quisiera que Carter se vuelva un hombre por fin, alguien coherente y que se dé cuenta de que allá hay un mundo que está esperando que él dé un aporte para esta bendita sociedad ¡Por Dios! Si él solo fuera como tú, todo sería más fácil —finaliza con un gesto emotivo.

—¡Pues gracias, abuelo! ¡Gracias por dejarme en claro lo que soy para ti! Un completo inútil, ¿no?

Todos volteamos en dirección a la casa. Una voz surge desde arriba, aquella que nos había gritado a los cuatro vientos aquellas palabras. Alzo la vista y hago una visera con mis manos para obstruir los rayos del sol sobre mis ojos.

Entonces lo vi.

Carter se encuentra en el balcón de la segunda planta aferrado al refinado barandal mientras nos fulmina con odio. No tengo idea de cuánto tiempo lleva allí, pero por lo que veo puedo suponer que escuchó toda nuestra conversación. Se ve muy furioso.

—¡¿Yo como ella?! —me señala desde lejos y suelta una cruel carcajada— ¡Suéñalo, viejo! —sigue riéndose sin ninguna pizca de vergüenza, debo admitir que en un punto llega a sonar algo cínico.

Ruedo los ojos, aunque no creo que haya podido notarlo desde la distancia, pero no me importa.

—¡Oh, vamos, Carter, siempre has sabido que esa es mi opinión sobre ti, hijo! ¡Sabes que no estoy orgulloso de quién eres y creo que tú tampoco! ¡Solo quiero lo mejor para ti! ¡Que seas alguien mejor! ¡Que...

—¡Bla, bla, bla! ¡Mentiras! ¡Acabas de dejar muy claro que soy una total basura! ¡Creo que no hay más nada que decir!

—¡Pero Carter...!

Y entonces él suelta la costosa baranda del balcón, se da la media vuelta y cierra la puerta con un fuerte estruendo tras de sí dejando al señor Marshall con las palabras en la boca. Me parece algo muy grosero de su parte. Pero también puedo entenderlo de alguna manera.

Veamos... Que una chica como yo, que soy insignificante y tonta para él, le diga que es un *total inútil* tal vez no tenga relevancia alguna y quizás ni siquiera le afecte. Pero que te lo diga tu propio abuelo es algo muy diferente. Trago incómoda y regreso mi vista hacia ellos.

—Yo... lo siento mucho Maggie, no fue mi intención que él, pues... ya sabes —se excusa nervioso.

—No se preocupe, señor Marshall. Usted solo dio su opinión... que no es tan diferente a la mía —le guiño un ojo.

Nos empeñamos en terminar el resto del desayuno hasta que el resonante ruido del timbre se esparce por toda la casa como siempre.

—¿Puedes ir, Meg? Tengo que llevar los platos a la cocina —pide Lupe mientras se coloca de pie y recoge los utensilios.

—Seguro —me levanto y me introduzco dentro de la casa.

Caminé con pasos rápidos hasta el salón principal y me detengo frente a la puerta.

—Buenos días y bienvenido a la mansión Crane. En que podemos serv...

*¿Por qué esto me sucede a mí?*

*Vamos, no puede ser verdad.*

Me quedo estática bajo el umbral como una pilastra, literalmente. No puedo mover ni un solo centímetro de mi cuerpo, es como si me hubiera congelado en la Era del Hielo. Mis ojos se abren y mi respiración se detiene. Mis manos empiezan a sudar y todo alrededor parece dar vueltas por unos segundos. Mi vista está puesta sobre él sin intenciones de apartarla y viceversa. La mía mostraba temor y la de él ira y diversión. Su tonalidad de cabello está baja como esos cortes que se hacen los marinos y creo que algo por mis adentros se burla a carcajadas. En sus brazos aún se notan algunas marcas de su involuntaria depilación. Me limpio el sudor que se ha acumulado en la zona de mi inexistente bozo con el lomo de mi mano y junto el valor para hablar.

—Tú... tú... qué... ¿Tú qué haces aquí? —y fuera mi mente esas palabras sonaron patéticas.

—Oh. ¿Qué sucedió con esa linda bienvenida? ¿Qué paso con la sonrisa? De acuerdo, no importa. Quise venir a darte una pequeña visita, preciosa —me guiña un ojo con sarcasmo y de pronto siento cómo una gota helada de sudor baja por mi espina dorsal dejando un húmedo y frío camino.

—¿Cómo conseguiste mi dirección? ¿Quién rayos te dijo que estoy aquí?

—Eso es lo de menos, linda —todos sus apodosos románticos caen sobre mí como una sentencia de muerte, ni siquiera cuando éramos novios él me llamaba de esa manera—. Fui a tu casa y tu amable tía Wendy me dijo que estabas trabajando en la casa de Carter Crane —al decir su nombre sonrío duramente—

. Vaya, vaya, qué bonita casa —me empuja hacia un lado y entra sin permiso alguno—. Por cierto, creo que deberías actualizar a tu tía de que hemos terminado —hace un ridículo mohín.

—Ryan, déjate de juegos. Sal de aquí, por favor, estoy trabajando y no quiero problemas —le pido entre dientes. Él suelta una gruesa y seca risa.

—Eso tuviste que haberlo pensado antes de hacerme esto —se toma la vasta del pantalón y la alza, mostrándome su despejada pierna. Aprieto los labios con fuerza conteniendo una carcajada. Me duele admitir que tiene piernas más bonitas que yo.

*Meg eres toda una mente maestra.*

—¿Por qué tendría que hacerlo cuando tú entraste a mi casa y destruiste toda mi belleza? —se señala abarcando todo su cuerpo—. ¡Eres solo una niña inmadura, Megan!

—Vale, entonces esta niña inmadura quiere que salgas de aquí —señalo la salida como un amo dándole órdenes a su perro.

—Claro que lo haré, pero primero... —levanta su dedo índice, se acerca a un jarrón que está cerca de la escalera y lo toma entre sus manos, acariciándolo con una mirada enfermiza—. Cobraré algunas cuentas.

—Ryan, deja eso porf...

*Crack.*

Lo estrella contra el piso y los retazos de vidrio se esparcen por el suelo. El ruido recorre la casa en un eco y yo cierro los ojos queriendo desaparecer. Esto podría costarme mi trabajo. ¡Ya he roto dos jarrones desde que llegué! Si seguimos así muy pronto no habrá dónde poner flores en esta miserable mansión.

No puedo correr el riesgo de perder mi trabajo, tengo que ir Louisville, tengo que hacerlo y no puedo permitir que alguien como Ryan se interponga en mi camino. Abro los ojos y tomo valor para enfrentarlo. Paso por encima de los pedazos de vidrio y me coloco frente a él quedando reducida al tamaño de una hormiga. Le doy un fuerte empujón causando que se tambalee débilmente.

—¡Vete de aquí! Podemos solucionar esto en otro lado, si eso es lo que quieres —en un patético intento de volver a empujarlo, tropiezo.

Ryan me alcanza entre sus musculosos brazos y me sostiene. Cuando estuve de pie, él toma mi delgado brazo y lo aprieta con una fuerza sobrenatural deteniendo la circulación de sangre por mis inexistentes bíceps. Me acerca a su cuerpo peligrosamente y me susurra muy cerca del rostro demostrando que él es el que tiene el control sobre la situación. Se humedece los labios.

—Fuiste toda una ilusa al creer que podías ir a mi casa y hacerme todas las asquerosidades que hiciste, Lennon. Todo en esta vida tiene un costo, y creo que tú debes pagar por lo que me has hecho —alza una de sus gruesas cejas.

—¿Y qué con lo que tú me hiciste a mí, baboso?! ¡Fuiste toda una nenita al no tener el valor de venir y cortarme en la cara! ¡¿O qué?! ¡¿Creíste que podrías terminarme por teléfono y dejarme plantada sin salir ileso?!

—Tuve mis razones —se excusa entre dientes.

Suelto una amarga carcajada y con mi brazo libre le doy un fuerte golpe en el pecho que ni siquiera parece percibir.

—¿Razones?! ¡¿Qué razones tendría alguien para hacer lo que tú me hiciste?! Eres un ton... ¡¿Qué rayos haces Dhamuel?! —grito sobresaltada al notar que él, en un ágil movimiento, me había alzado en el aire colocando mi abdomen sobre su hombro, cargándome como si fuera un saco de patatas.

Aprieta sus brazos sobre mis piernas impidiéndome patear contra su torso. Desde donde estoy tengo una espectacular vista a su trasero, lo cual no es nada cómodo. Doy fuertes puñetazos atinando a su espalda varias veces mientras pido auxilio.

—Nos vamos de aquí, Megan —dice mientras se da la vuelta hacia la salida brindándome ahora una vista del interior de la casa.

Observo mi difuminado reflejo sobre el piso de mármol. Admiro mi aterrorizado rostro y cómo mi dorado cabello cae hacia delante de mí, lo que crea una cortina sobre mi visión.

—¡Te juro, Dhamuel, que te vas a arrepentir de esto si no me sueltas en este momen...!

—¿Qué está sucediendo?! —un rayo de esperanza se apodera de mí al reconocer su voz.

Comienzo a gritar aún más fuerte que antes.

—¡CARTER! ¡Ayúdame!

Con un doloroso esfuerzo alzo mi vista para observar a Carter a través de la cortina de cabellos rubios. Está bajando las escaleras con rápidos saltos hasta llegar a nuestro nivel. Su rostro está desencajado en confusión.

—¿Meg?

—¡Sí! ¡Ayúdame! —el cuerpo de Ryan vuelve a girar por segunda vez ahora brindándome vista hacia la salida y con mi trasero apuntando hacia Carter.

Por suerte hoy me puse vaqueros y no un vestido veraniego corto como tenía pensado. Si no, esta situación se habría tornado un poco más vergonzosa. Escucho la conversación a mis espaldas.

—Oh, hola Crane. Un gusto verte otra vez —saluda Ryan con su característico sarcasmo.

—Suéltala ya —pide Carter.

—Eso lo dudo, amigo.

—Si no lo haces, me veré obligado a hacer algo que no quieres que haga.

—¿Golpearme? —bufa—. Inténtalo —reta mi opresor con arrogancia.

—¿Podrías volverte un hombre de una vez por todas, Dhamuel?! —grito desde mi puesto.

—Deberías hacerle caso —me apoya Carter desde su lado.

—¡Ya cierren la boca am...! ¡AHG!

Aprovecho el momento en el que Ryan se distrae para aflojar una de mis piernas y con ella darle un merecido golpe en la entrepierna. Inmediatamente, él soltó un grave quejido acompañado de maldiciones. Se desploma en el piso de rodillas en un acto de dolor, lo que dejó mis pies al alcance del suelo. Cuando por fin recupero mi compostura y me coloco firme, le doy un golpe con los nudillos, lo que causa que mi mano arda. Pero para entonces Carter ya se estaba abalanzado sobre él con golpes. Él me aparta con una de sus manos y empieza a golpear a Ryan con agresividad, a lo cual yo no me opuse. Le pateo varias veces las costillas y le rompe el tabique.

Tuve que detener a Carter cuando la sangre había empezado a derramarse desde su nariz y otras partes. Tomo a Carter por su camiseta y lo atraigo hacia mí, rodeo su torso con mis brazos manteniéndolo lejos del adolorido cuerpo de Ryan. Siento su abdomen subir y bajar con fuertes agitaciones a causa del jadeo. Contando también que puedo sentir sus marcados abdominales bajos su camiseta, pero decido ignorarlos por mi bien.

—¿Qué haces? Suéltame —toma mis manos que se encuentran entrelazadas en su torso y la suelta de un fuerte jalón, quedando libre.

Se volvió a acercarse a Ryan pero esta vez no es con intenciones de pegarle, sino más bien con amenazas. Hizo que Ryan se arrodillara frente a él y luego lo tomó del cuello de su camiseta. Se inclina para quedar cara a cara con él y luego pronuncia las siguientes palabras:

—Ahora te recomiendo, querido amigo, que te vayas de mi casa y no vuelvas... si no quieres que te rompa todo lo que se llama estructura ósea —entona cada sílaba sutilmente.

Ryan solo lo fulmina y sin previo aviso escupe sobre el rostro de Carter, quien tropieza hacia atrás mientras se limpia la cara y suelta un insulto.

Restriega las palmas de sus manos sobre su cutis. Ryan se coloca de pie y empieza a caminar hacia la salida tratando de ocultar los efectos de la paliza que le acaba de dar Carter. Cojea un poco y antes de salir se detiene.

—Escúchenme bien, voy a volver... y esta vez no estaré solo. No crean que se saldrán con... —es interrumpido antes de culminar, ya que para entonces Carter se ha tomado el trabajo de empujarlo fuera y cerrarle la puerta en la cara, fue un portazo que estremeció toda la mansión.

—Zoquete —susurra por lo bajo mientras caminaba de regreso a las escaleras



para encerrarse nuevamente en su caverna llamada habitación.

Pero antes lo detuve.

—Carter —lo llamo.

—¿Qué? —responde secamente mientras se gira algo exhausto.

Vacilo.

—Yo... creo que... —exhalo— Gracias por defenderme, en serio, fue muy... generoso de tu parte.

*¿Generoso? ¿En serio? ¿Quién rayos crees que es? ¿Obama?*

Él se detiene a observarme durante unos instantes con una mirada en blanco, sin mostrar ninguna mínima expresión y por alguna razón siento que lo he arruinado. Me observa unos segundos más antes de soltar una profunda carcajada que me desconcierta por completo. Se apoya del barandal para sostenerse, ahogado por la risa. Luego me mira divertido y suelta pequeñas risotadas.

—¿Tú creíste que te defendí? —bufa—. Para nada. No te confundas, Lennon —volvió a reír.

—¿Qué? ¿Qué es tan gracioso?

—Mira, yo no te defendí. La verdad, me importa un comino lo que te suceda —se humedece los labios y alza débilmente una ceja—. Lo único que hice fue largar a un zopenco, que creyó que podía venir y hacer lo que quisiera en *mi* casa, en lo cual estaba muy equivocado. Realmente me hubiera gustado que te largaras con él, pero luego estaría en problemas legales si se trataba de un secuestro, luego me acusarían de cómplice y ya sabes —me brinda una sonrisa hipócrita—. Solo dejémoslo claro... tú no me importas y yo te importo, pero finges que no lo haces —me toma de una mejilla y la estruja entre su dedo pulgar e índice como lo hacen las abuelas.

Luego suelta otra de sus risas y comienza a ascender.

—Bien. Espero que el resto de tu día se igual de agradable que tú, Carter —dije recurriendo a mi sarcasmo.

La verdad me siento totalmente humillada, ofendida, tonta y principalmente ilusa al creer que alguien como este tipo podría «defenderme».

Creo que con todo esto que ha sucedido, Carter Crane ha ascendido al puesto número uno en mi lista negra. Nadie nunca jamás ha podido hacerme sentir de esta manera en la que me estoy sintiendo en estos momentos. *¿Cómo alguien puede hacerte sentir atraída e irritada al mismo tiempo?* Porque lo cierto es que Carter se ve muy pero muy atractivo mientras sube las escaleras. He ignorado ese toque galán gracias al odio que le he mantenido, pero en estos momentos se está dando a florecer sin dejar aparte cuanto lo odiaba. La forma en la que su brillante cabello castaño se encuentra desordenado, aquella maña de lamerse

los labios inconscientemente, su elegante perfil que muestra su mejor ángulo desde mi perspectiva.

De repente, todo en él se vuelve atrayente para mis ojos.

—Yo también te odio, Meg.

Y *¡bup!* La burbuja en la que estoy explota.

#LecciónDelDía:

Si vas a hablar de alguien a sus espaldas,  
asegúrate de que no te esté escuchando desde el balcón.

## PALABRAS MORTALES

### Capítulo 7

Hoy es una noche fría y, casualmente, yo traigo puesto un vestido holgado con estampado de flores que provoca que el aire se cuele dentro de la tela y ventile toda mi masa corporal. Opto por cerrar la ventana de la habitación de Marshall donde me encuentro. Todas las noches lo acompaño a la cama para asegurarme de que esté bien y de que se haya tomado sus pastillas.

Lo observo tragar el pequeño óvalo blanco que segundos atrás se encontraba en la palma de su mano y, a continuación, lo veo tomarse el vaso de agua de un solo trago. Siempre he creído que ese es una dote que solo los hombres tienen. El día que encuentra a una mujer que haga eso le diré que me adopte como su hija.

—¿Algo más, Marsh?

No recuerdo cuándo o por qué, pero en algún momento él me dio el permiso de llamarlo «Marsh» y no «señor Marshall».

—No, estoy bien. Gracias, Maggie —creo que ya me he acostumbrado al apodo.

Asiento y luego lo ayudo a cubrirse con el edredón hasta los hombros. En un momento él me toma desprevenida y sostiene mi mano, a la vez que me brinda su arrugada pero sincera sonrisa.

—En serio, gracias —vuelve a repetir.

—¿Por qué? —frunzo el entrecejo.

—Pues... por estar aquí siempre. Las otras cuidadoras eran unas holgazanas. Pero por lo menos tú me escuchas, aunque solo sea parte de tu trabajo y tal vez

lo hagas por dinero.

No lo sé, pero me siento ofendida.

—Oh, no digas eso, Marsh. Eres una gran persona, la verdad, y te admiro mucho. Si estoy haciendo esto por dinero, es por cumplir un sueño. Sinceramente, tus historias me parecen muy divertidas —me encojo de hombros—. Eres alguien grandiosamente grandioso —cito la primera frase que se me viene a la mente.

Marsh suelta una pequeña y gruesa risa haciendo que las arrugas de su frente y ojos se marquen, a la vez que sus hombros se sacuden. Siento su piel suave y elástica acariciar mi joven mano. Y me tomo un momento para admirar aquella escena. Definitivamente, cuando llegue a ser vieja quiero ser como este señor.

Me pregunto: ¿qué tantas historias pueden haber detrás de esas canas? ¿Qué tantas aventuras cuentan esas arrugas? ¿Qué tantas experiencias pueden contener estas personas adorables llamadas abuelos? Creo que la respuesta siempre será una incógnita.

—Buenas noches, Marsh —me despido y me suelto de su mano para acercarme al interruptor.

—Hasta mañana, Maggie —dice y se esconde debajo del edredón.

Apago la luz y salgo de su cuarto con una leve sonrisa. Si no fuera por Carter, este trabajo sería el mejor del mundo. Suspiro y comienzo mi recorrido hacia las escaleras para ascender a mi habitación.

Paso frente a la cocina, donde las luces están apagadas, al igual que en toda la casa, pero a medida que voy avanzando un ruido se vuelve cada vez más intenso.

A lo lejos en el pasillo veo una tenue luz proveniente del salón principal. Se puede ver reflejada en el piso de mármol y en las paredes claras de la casa. Cambia de tonalidad con cada sonido de... armas y carros. Primero violeta, luego azul, luego marrón, luego celeste y así prosigue. Me acerco con cautela y el repiqueteo de unos disparos se intensifica haciendo que mi corazón lata al ritmo de cada tiro. El arma se recarga y sigue con su masacre, el ruido es retumbante y por poco me siento en la misma guerra.

Me asomo cuidadosamente por el marco de la entrada desde donde puedo ver toda la escena.

Carter se encuentra tirado sobre el gran sofá del salón con un mando en sus manos. En la pantalla inmensa del televisor se refleja la escena del videojuego, donde el jugador principal —quien supongo que es Carter— se dedica a matar a otros con un arma de no sé qué tipo. Sí, lo sé, mi padre está sirviendo la Fuerza Armada de los Estados Unidos y ni siquiera sé cómo se llama una inservible arma.

Me acerco sin hacer el más mínimo ruido y me coloco detrás del sillón

justamente a las espaldas de Carter. Observo su cuerpo recostado sobre los cojines de manera ordinaria. El sofá está lleno de empaques de chucherías y latas de soda que ahora se encuentran vacías.

Por eso Lupe tiene tanto trabajo, concluyo.

Observo su partida en total silencio, veo cómo sus pulgares controlan el mando con total destreza como si fuera otra extremidad de su cuerpo. Se ve tan concentrado y su cabello está hecho un total revoltijo. Hasta el momento no ha notado mi presencia en el lugar. Por todos los cielos, ¿por qué jamás había notado lo sexy que es?

Esperen... *¿Qué rayos acabo de decir?* Me doy un zape mental.

Llega un momento en el que el personaje de Carter está apuntando a un objetivo en especial. Un soldado que parece ignorar que Carter estaba allí detrás de un muro, observándolo a menos de cinco metros mientras le apuntaba con un arma. Vacila varias veces, parece estar pensándolo mucho. Se está tomando su tiempo, está analizando la situación. Pero la verdad no hay mucho en qué pensar.

—¡¿Qué esperas?! —exclamo impaciente.

Carter salta fuera del sofá, sobresaltado. Lanza el mando al piso en un acto reflejo y patea algunas latas de soda en el camino, tropezando algunas veces. Se voltea para mirarme con los ojos muy abiertos. Jamás lo había visto así de... asustado. Al caer el mando, hace que el personaje dispare, lo que claramente falló, y causa que el soldado se dé cuenta de la ubicación de Carter y corra a matarlo con un ágil tiro.

Las maldiciones nacen de la boca de Carter, como los versos salen de la boca del poeta. Lo miro sorprendida y asustada al mismo tiempo. No creí que alguien se pudiera tomar los videojuegos tan en serio. Patea el mando furioso y luego me mira. Por poco y veo las llamas arder en sus pupilas como en las caricaturas. Creo que he desencadenado al dragón salvaje dentro de Carter, el cual está a punto de asesinarme.

Trago, opto por defenderme.

—Yo... lo siento —me disculpo.

Soy tan patética.

—¡¿Lo sientes?! ¿Qué se supone que tienes en la cabeza? Oh, disculpa, casi lo olvidaba. Es cierto que eres rubia —hace un mohín de lástima—. ¡Estaba a punto de matar a un mugroso soldado, pero viniste a arruinarlo todo! Era la jugada perfecta, pero la rubia teñida tenía que hacer su aparición. ¡¿Es que no puedes ir a fastidiar a alguien más?! ¡Eres una inútil oxigenada! ¡Consigue una vida, yo no sé! ¡Pero aleja tu estúpido cabello dorado de mí! ¿Quieres? ¡AGH!

Las lágrimas se acumulan en el borde de mi párpado inferior, atentando con desbordarse y dejarme romper en llanto, pero las retengo. No pienso darle el

gusto de verme llorar. Un nudo se ha atorado en mi garganta y con cada insulto se cerraba aún más. Encima mi labio inferior tiembla sin poder controlarlo. Nadie jamás en mi vida me había hablado de esa manera. La verdad, se siente horrible que te describan de esa manera.

Se me escapa un sollozo enmudecido, una llaga se quema dentro de mí. Lo odio, odio a este torpe bastardo como a nadie. ¿Cómo se atreve a llamarme de esa manera? Sé que me ha ofendido de muchas formas, pero ninguna se podía comparar a esta vez. Me ha gritado como si fuera un animal sin sentimientos, incluso me sentí intimidada en un momento. Quizás no me vea como la chica dramática que llora por todo, pero como todas las chicas yo tengo sentimientos que pueden ser heridos con el mínimo toque. Odio estar llorando porque Carter Crane me haya herido. Porque en mi mente lo que acaba de decirme no me importa, pero siempre hay otra parte que se opone al razonamiento.

Al notar mis lágrimas, su rostro se suaviza con arrepentimiento. Sus cejas se relajan y sus labios se separan sorprendidos. Sus gestos muestran total culpabilidad y lo odio por eso. Se pasa una mano por el cabello con desesperación. Deja de estar en un estado furioso a pasar a un estado compasivo. Es parecido a cuando un líquido pasa a un estado gaseoso directamente. Pero no, yo no quiero su compasión. No quiero que él se sienta culpable por lo que ha dicho, no quiero nada de él.

—Megan yo...

—No, no lo digas —lo detengo con un hilo de voz.

No quiero que se disculpe.

Sin más espera me doy la vuelta para salir del salón. No quiero verlo. Quiero que Carter Crane desaparezca de la faz de la Tierra y poder vivir en paz de una vez por todas. Nunca me imaginé que cuando se referían a la frase «Lucha por tu sueños» significaba esto. Porque si es así, entonces es una de las cosas más difíciles que hay. Si luchar por mis sueños significa ser humillada de esta manera, entonces luchar es un asco. Ir a Louisville saldría más costoso de lo que esperaba.

Intento avanzar y salir de allí, pero él se interpone entre yo y la salida obstruyendo mi paso. Lo miro fulminante a través de las lágrimas y pude ver su ceño fruncido con dolor. Trato de apartarlo, pero él me toma de los brazos, lo que causa que se me zafe un nervio. Me saco sus manos de encima y le doy un golpe en la mandíbula con mi puño cerrado, lo que creo que me dolió más a mí que a él. Me acaricio discretamente la mano para alivianar el dolor.

—No me vuelvas a tocar en tu asquerosa vida —lo amenazo.

Él se acaricia el mentón sorprendido, pero aun así no se aparta del camino.

—Meg, yo lo siento de verdad. No quise herirte, por favor solo...

—¡Cierra la boca! ¿Qué te hace creer que estoy herida? —exclamo ahora

enojada—. ¿Puedes quitarte? Necesito irme.

—No hasta que me escuches —replica y entonces siento la sangre arder en mi rostro de la cólera. Lo empujo en un intento de apartarlo y desaparecer de su presencia.

—Eres un...

Antes de dejarme decir una sola palabra más, sin previo aviso me envuelve en un fuerte y persistente abrazo. Me inmoviliza colocando sus brazos sobre los míos y asegurando el agarre con sus manos que se encuentran en la parte baja de mi espalda. Coloca su barbilla en mi hombro, atrapando mi rostro en su clavícula donde puedo sentir su somnífera colonia. Estoy atrapada por sus fuertes pero no musculosos brazos que impiden moverme. Protesto, pero él no parecía tener intenciones de soltarme. Luego empieza a susurrar palabras en mi oído que me causaban odiosos cosquilleos que decido ignorar.

—Meg, tienes que perdonarme. Lo acepto, me pasé. Yo no quería decirlo...

—Pero lo dijiste —reprocho con dificultad desde donde me encuentro.

Mi rostro está contra su clavícula gracias a mi diminuta altura, comparada con la de él, lo cual impide mi vocalización al hablar. Prácticamente me he escuchado como cuando hablas con una almohada sobre los labios.

—Lo sé y te pido perdón por eso. Yo puedo ser el tarado más grande del mundo, pero...

—Sí, lo eres —intervengo para demostrar que estoy de acuerdo con su afirmación.

—¿Piensas dejar hablarme?

—No.

—De acuerdo, ¿dónde estaba?

—En que eres el tarado más grande del mundo.

—Cierto. Puede que yo sea el tarado más grande del mundo, pero jamás quise herirte. Sé que soy un imbécil, merezco que me odies y muchos más. Eres rubia y te odio, pero tampoco quise ser el cretino que fui. Solo perdóname, te lo suplico. La verdad, había esperado meses por conseguir una partida como esa y tú apareciste, lo arruinaste todo y perdí el control. Estoy arrepentido y necesito que me perdones, porque si no lo haces yo tampoco podré perdonarme a mí mismo por ser tan idiota. ¿Qué dices?

—No. Eres veneno para mi sangre y te odio —digo aún atrapada entre sus brazos.

—Ya lo sé. Pero solo acepta mis disculpas. Si no, me veré obligado a hacerte cosquillas.

—Lo haces y te patearé en donde no quieres que lo haga.

—De acuerdo, no lo haré. Pero discúlpame, ¿quieres?

—No, no quiero.

—¿Qué quieres que diga para que me perdones? Esas han sido las palabras más profundas que han salido de mi boca. Ni siquiera en mi graduación dije palabras como esas.

—Quiero que me sueltes y desaparezcas de mi vida.

—Sabes que no puedo hacer eso —se acurruca aún más en mi hombro, haciéndome sentir algo que realmente no puedo explicar en estos momentos.

Luego rompo en sollozos absurdos. Porque he caído en su sucio juego. Porque mi mente lo sigue odiando, pero mi corazón lo ha perdonado. Por ser tan crédula e ingenua. Porque sé que él me va a volver a herir. Humedezco su playera gris con mis mocos y sollozo sobre su pecho. Mi cuerpo se sacude con pequeños espasmos.

—¿Estás llorando? —no respondo—. Vamos, no llores —me da pequeños golpecitos en la espalda intentando consolarme.

—¿Sabes cuánto te odio? —digo entre lágrimas. Por fin él me aparta de su cuerpo tomándome por los brazos y me obliga a mirarlo a los ojos. Aún puedo sentir el aroma exuberante de su colonia sobre mis fosas nasales.

—¿Mucho? —vacila—. De acuerdo, ódiame. Pero solo te pido que me perdones, ¿vale?

—Si lo hago, ¿me dejarás en paz? —cuestiono, aunque ya lo haya perdonado. Él asiente.

—De acuerdo —cedo duramente.

Aparto mi vista de su encantadora mirada miel. A continuación, hay un muy pero muy incómodo silencio.

—¡Uish! —exclama para romper el hielo—. Creí que jamás lo lograría —me suelta y se acomoda el cabello hacia atrás en un intento fallido—. Vaya que te haces de rogar, Lennon. Te pasas.

¿Pero qué rayos le sucede?

Me limpio la humedad en mis mejillas con grandes manotazos y lo observo con resentimiento.

—¿Quieres jugar? —me invita y se vuelve a lanzar sobre el sofá, después de haber recogido el mando.

¿Cómo puede actuar tan normal después de lo que acaba de suceder?

—Yo creo que no —niego.

—Ven, vamos. Si quieres, solo observa —me hace un ademán para que me siente junto a él. Realmente no sé cómo, pero de un momento a otro me encuentro sentada en un extremo del cómodo sofá con Carter del otro lado, afortunadamente ambos separados por una gran distancia.



#LecciónDelDía:

Procura jamás meterte con un chico y sus videojuegos.

## UN ARMA, UN DISPARO

### Capítulo 8

Observo cómo juega su partida mientras ambos guardamos silencio. Cruzo mis piernas y brazos, mis labios parecen estar sellados. Lo miro de reojo algunas veces para ver sus gestos al jugar y durante un momento parece haberse olvidado de mi presencia. Mis ojos se mantienen en la pantalla la mayor parte del tiempo, pero mi mente se encuentra en blanco preguntándose qué rayos hago aquí. Puedo sentir cómo él también me lanza miradas por el rabillo del ojo, pero de inmediato regresa la vista a la pantalla para seguir combatiendo. Nos mantuvimos así durante un largo rato hasta que aburro y decido irme.

Intento colocarme de pie, pero él, al ver mi acto, hace un ágil movimiento que me toma por sorpresa. Suelta una mano del mando y me toma por el brazo deteniéndome, mientras que con la otra mano sigue jugando con los ojos pegados al televisor.

—Espera —dice muy concentrado y con los ojos abiertos.

Gracias al impulso que hice al levantarme mi trasero cae de vuelta en el sofá y, al aterrizar, provoca que rebote sobre mi asiento. Carter está a punto de matar a su oponente y, cuando por fin lo logra con un solo botón que en el juego fue ejecutado por un fuerte disparo, entonces se corona victorioso en esta partida.

Satisfecho, suelta un suspiro y se sienta muy cerca de mí —cuando me refiero a cerca significa que nuestros hombros y rodillas han entrado en contacto—, se recuesta contra el respaldar del sofá, exhausto, y seguidamente lanza el mando al otro extremo donde hace segundos se encontraba sentado. De pronto su mirada se posa sobre mí, pero yo la evito a toda costa, miro mi regazo sin tener el valor de observarlo otra vez a esos ojos miel.

Esta vez deja salir el aire por la boca.

—Sigues enojada, ¿cierto? —cuestiona.

Levanto el rostro y entro en un trance durante unos segundos. La tenue luz del salón junto a las luces de la pantalla del televisor causan un efecto casi irreal sobre el atractivo rostro de Carter. Las sombras parecen haberse adueñado de



cada rasgo de su piel, exhibiendo cada mínimo detalle que conforma su agraciado perfil de adonis.

Creo que debería dejar de referirme a Carter con adjetivos como encantador, guapo y atractivo, ya que se supone que lo odio, pero es inevitable.

—¿Cómo quieres que no lo esté? —demando tratando de no sonar demasiado seca, pero fallo.

—Dije que lo siento, ¿de acuerdo?

—Créeme, te escuché fuerte y claro.

—¿Entonces por qué sigues así?

Me muerdo el interior del labio, sintiéndome ahogada por la situación incómoda.

—Porque tengo miedo de que todo lo que dijiste sea lo que aparento ser... —empiezo a alterarme— Y si es así, no tengo idea de qué rayos hice para que me vean de esa manera. Yo no soy una rubia inútil, no quiero que las personas crean que...

—Meg, Meg, cálmate. Para que te quede claro, no me agradas. Que yo te odie, no significa que todo el mundo lo haga. Mira a mi abuelo, él cree que tú eres su ángel guardián. Ese viejo te adora.

Me encojo en mi asiento, ahora cohibida.

—Ese es el punto... Tú me odias y yo te odio, ¿cierto?

—Muy cierto —afirmo y sonrío ante lo absurdo que ha sonado eso.

—Entonces repite después de mí: no me importa...

—No me importa... —repito por alguna razón, lo miro con el ceño fruncido.

—Lo que la puñetera gente...

Lo observo durante un segundo en silencio, luego repito— Lo que la puñetera gente... —ya no estoy segura de lo que estoy haciendo.

—Diga de mí...

—Diga de mí...

—Además, Carter es muy guapo.

—Además, Carter es —me detengo al darme cuenta de lo que estaba a punto de decir—... un idiota —concluyo.

Él hace un puchero y seguidamente suelta una profunda carcajada a la que me uno. La tensión del momento desaloja mi cuerpo y ahora me encuentro disfrutando de lo placentero que es reírme de estupideces como las que acabo de decir. Hice varios intentos de sofocar mi risa, pero es inútil.

Me vuelvo hacia él y, sin previo aviso, nuestros rostros se acercan demasiado, sobrepasando los límites de espacio personal establecidos. Nuestras narices se rozan, la de él está fría. Sin consultar, ambos cerramos nuestros labios

silenciando las risas. Un silencio forastero se instala en el salón, lo que nos permitió meditar sobre nuestro siguiente movimiento. Trago con dificultad al sentir su aliento mezclarse con el mío. Intento moverme, pero me he quedado de piedra.

Su mirada tóxica y azucarada me ha seducido sin consideración alguna. Me detuve a pensar cómo se verían mis ojos desde su perspectiva, tal vez de un tono verde cercano a la luz del semáforo y mis pupilas quizás estén débilmente dilatadas a causa de nuestra cercanía. No sé en qué momento, pero me doy cuenta de que estoy reteniendo todo el oxígeno restante en mis pulmones.

—¿Maggie? Me ha estado doliendo el trasero hace unas cuantas semanas, tal vez sea la vejez, pero no estoy seguro. Tal vez me puedas cantar esa canción... ¿Cómo dice?... Sana, sana, colita de rana, si no sana hoy, sanará mañana...

La voz de Marshall aparece en el salón sin previo aviso y, como es de esperarse, Carter y yo nos separamos como si fuéramos imanes repeliéndose a causa de su misma polaridad.

Miro hacia la entrada del salón donde se encuentra Marshall apoyado de su bastón y, por lo que puedo ver en su rostro, he de apostar a que nos vio en aquella incómoda escena. Marsh nos brinda una sonrisa pícaro y con sus cejas en alto como si nos estuviera insinuando algo. Al verlo no pude evitar sonrojarme de la vergüenza, aunque también reírme, ya que su expresión era muy graciosa.

Giro hacia Carter, quien admira el piso con un gesto avergonzado, a la vez que se rasca la nuca incómodo y, para mi sorpresa, también está levemente sonrojado. ¡Alguien que me pase una cámara, hay que captar esto!

—Ouh... ¿Interrumpo algo? —dice Marsh fingiendo no entender la situación. Siento el sarcasmo en su tono.

—No. Nada —Carter responde demasiado rápido, sobresaltado de tono.

—¿Seguro?

—Sí. Muy seguro, abuelo —ahora suena enojado. Se acomoda el cabello hacia atrás con una mano y hace que sus mechones vayan en una sola dirección— ¿Qué quieres? —entona con sequedad.

—Quería ver si Maggie no estaba ocupada. Se me antojó algo de leche y quería pedirle el favor de...

—¿Puedes dejar de llamarla Maggie? —suena indignado y hastiado de la situación.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —le reta su abuelo. Carter tensa la mandíbula ante el inesperado contraataque y se traga sus palabras, dándome una mirada amenazadora. Luego todo se vuelve confuso para mí.

¿Cuál es el problema de que me llame Maggie? ¿Por qué le molesta tanto? A veces creo que Carter tiene serios problemas de bipolaridad.

Sin darme cuenta, un silencio se hace presente y no tarda mucho cuando, poco después, se escuchó el sonido del llamador de ángeles —el timbre— recorrer la mansión, como sucede a menudo.

Carter se levanta del sofá sin vacilar.

—Yo voy —dice y hace su recorrido hacia la entrada principal de la casa.

Desde el sofá tengo vista directa hacia la entrada y el recibidor, así que puedo ver todo con claridad.

Él abre la puerta y, para mi asombro, veo entrar a una Piper un tanto... ¿Ebria? Sí, ebria. Puedo confirmarlo gracias a que trae una lata de cerveza en sus manos. Da un trago y luego se lanza a los brazos de Carter, rodeando su cuello y colocando la lata de cerveza en su nuca. Luego comenzaron a tragarse el uno al otro —obvio, a besos— y tengo que apartar mi mirada gracias a que la escena es un tanto desagradable. Por cierto, Marsh se encuentra también de espectador. La voz gangosa e indescifrable de Piper se comienza a oír en un eco por toda la casa.

—Amorcito... —dice empalagosamente y le acaricia el cabello a su novio—. Por aquí cerca hay una fiesta, ¿vienes? Va estar súper pro. ¡Hay que ir! ¿Sí? —alarga la «i» de manera odiosa en súplica. Desde afuera se escucha el resonar de unas bocinas y el claxon de un auto, así que supongo que Piper ha de venir con compañía. Carter mira por encima del hombro de ella hacia donde proviene el ruido.

—No has llegado a la fiesta... ¿Y ya estás ebria? —reprocha él.

—¡Aish! ¿Vienes o no? —se queja.

No tengo idea de cómo puede soportarla. Carter vacila, se relame los labios, se acaricia el cabello, se mete una mano en el bolsillo de su *jean* negro y luego gira en nuestra dirección.

—Abue, iré a una fiesta. No me esperes —se dirige a Marsh, ignorándome, y agradezco que lo haga. Piper celebra y lo jala fuera de la casa. Él le rodea la cintura y ambos salen.

Ellos son el uno para el otro.

Aquella frase resuena en alguna parte de mi domo que se hace llamar cráneo y donde se supone que hay materia gris dentro. Ambos son idiotas, odiosos, insoportables, superficiales y, sobre todo, estúpidos. Todo congenia entre ellos, todo encaja a la perfección en esa relación.

Marsh se voltea hacia mí con los labios fruncidos y una mirada colmada de decepción.

—Ves lo que te digo. Esa chica no me agrada ni un tantito —fulmina a una imagen mental de Piper.

*Oh Marsh, concuerdo contigo.*

—Creo que iré por tu leche... —sugiero, cambiando de tema y él asiente.  
Me levanto del sofá para ir a la cocina.

...CR...

La noche anterior me quedé dormida en el sofá sin más remedio. Le di su leche a Marsh y luego me lancé sobre el sofá nuevamente a ver una película que me llamó la atención, pero caí dormida por un lapso de tiempo.

Me muevo un poco incómoda en el sofá sin querer levantarme. Me cubro con la tela del vestido los muslos, que por mis movimientos bruscos durante la noche han quedado al descubierto. En la casa se siente un total silencio que, por alguna razón, me alarma.

Concluyo en que todos deben estar dormidos, pero luego escucho el estruendo de la puerta al ser abierta a la fuerza y supongo que es Carter, quien acaba de llegar después de una noche loca. Escucho voces y varios pasos entrar en la casa. Sin evitarlo, frunzo el ceño confundida. Obligo a mi cuerpo a levantarse y me restriego los ojos enojada.

Debe de ser muy temprano.

Camino con tropezones hasta el recibidor mientras miro hacia mi reflejo en el piso de mármol y veo que estoy toda hecha un desastre.

—¿Quién rayos eres tú?

Me paralizó al escuchar una voz desconocida para mí. Es gruesa, rústica y ronca, nada familiar a mi sentido auditivo. Alzo la vista y mi corazón se detiene por unos segundos al ver lo que dueño de la voz lleva en sus manos.

Un arma.

Pero no es de esas como las que salen en los videojuegos sangrientos de Carter, esta es real. Comienzo a perder el control de mis sentidos, me siento indefensa, vulnerable y expuesta, mis piernas flaquean durante un instante.

Un hombre —su físico no me hace recordar a alguien familiar—. Él me apunta con el arma. Se nota que son criminales gracias a las miradas oscuras y asesinas que traen debajo de sus maltratadas cejas. Van tatuados hasta el cuello y tenían semblante de gente ruda. A cada extremo de él se encontraban otros dos tipos con muy mala pinta.

Abro la boca en un intento de decir algo, pero, como suele pasarme a menudo, las palabras se estancan en mi tráquea y me impide emitir sonido alguno. Alzo mis manos en acto de rendición y allí noto que mis brazos están al borde de un colapso epiléptico. Parece que estaba haciendo ese ridículo paso llamado *Manos de jazz*, solo que esta vez tenía que agregar *Piernas de jazz* o quizás *Cuerpo de jazz*. De acuerdo, no. Pero la verdad estoy teniendo un terremoto personal. ¡No es normal que por las mañanas un hombre te venga a apuntar con una pistola!

—¿Quién eres?! —exige con voz militar y se acerca aún más con la pistola, retrocedo en un instinto.

—Soy... soy... Meg... Megan Lennon —digo débilmente.

—No me interesa tu nombre, ¿qué rayos haces aquí, niña?

—Yo trabajo aquí —trato de decir firmemente, pero fallo y mi voz se resquebraja—. ¡Por favor, no me hagan daño! —ruego patéticamente.

—¡No lo haremos si nos dices dónde está el imbécil de Crane! —el arma se sacude en su mano y veo cómo una vena en su frente se da a conocer.

—¿Carter? ¿Qué tiene él que ver aquí?

—¡Eso no te importa! ¡Ahora dime en dónde demonios está! —Mi corazón da un brinco al escucharlo vociferar esas ásperas palabras.

—De acuerdo, de acuerdo —digo nerviosa y luego caigo en cuenta de que no tengo la más mínima idea de en donde estaba metido Carter—. No lo sé —niego y espero a que me crean ya que es la verdad.

Veo como el rostro de mi atacante se torna colorado y apuesto a que le he colmado la paciencia. Él baja el arma y se acerca a mí, me toma por el cuello y yo tiemblo bajo su toque. Me coloca el arma en la frente y me siento morir —pero del terror que se ha apoderado de mí en estos segundos—. Quiero defenderme, pero lo veo imposible en estas circunstancias.

—Mira, niñita, si no quieres que te vuele los sesos, más te vale que me digas dónde está ese desgraciado —susurra sobre mi rostro.

Su mano está descargando una fuerza descomunal sobre mi garganta, lo que me impide el paso del aire. Trato de juntar todas mis fuerzas y el poco aire que me queda para responderle.

—Te juro... que no lo sé.

Siento cómo una presión nunca antes experimentada se apodera de mi rostro, me estoy quedando sin oxígeno y por poco puedo ver el tono morado de mi piel. Me está ahorcando. Un fuerte ardor seguido de una picazón es lo que puedo sentir en mi mejilla. Él me suelta dejando mi cuello libre y en lo único que puedo pensar en esos momentos es en tragarme el aire del mundo. Succiono todo el oxígeno posible con grandes bocanadas mientras toso con desenfreno.

Luego reacciono. Me había dado una cachetada. Ahora tengo un grave golpe en la mejilla y en el labio.

Miré la sangre escarlata y burbujeante sobre mi dedo índice, mi cuerpo se sacude con espasmos involuntarios que recorren mi cuerpo como corrientes eléctricas gracias al temor de lo que está sucediendo. Siento cómo una hinchazón en mi pómulo empieza a florecer. Alzo mi vista hacia mi agresor, incrédula.

—¿Crees que soy imbécil?!! ¿EH? —dice ya alterado— ¡Dímelo! ¡Dime

dónde está!

—¡Yo no lo sé! ¡Él se fue anoche con su novia! ¡Iban a una fiesta no sé dónde! ¡No lo he vuelto a ver! ¡Te digo la verdad! ¡No me hagas daño! —sin darme cuenta, las lágrimas se han empezado a desbordar de mis ojos descendiendo por mi mejillas pálidas y amoratadas. Tal vez lloro de dolor por la herida, de miedo o de furia porque todo esto es culpa de Crane. Y si yo muero por su culpa, prometo venir como fantasma y atormentarlo el resto de su vida.

—¿Pero qué está suce...? —todos volteamos hacia la entrada para ver a Carter atravesar la puerta. Examina la escena y al verme palidece. Abre los ojos exaltado y luego fija la mirada sobre los tipos— ¡Gabe, eres un maldito infeliz! ¡Te dije que no lo hicieras! —ruge y luego se acerca a mi agresor, le da un empujón con ambas manos en pecho. El supuesto Gabe retrocede y le da un golpe en la mandíbula a Carter.

Son tres contra uno, así que ya deben imaginarse quién es el que está siendo apaleado. Mientras ellos se golpean con brutales y salvajes golpes, lo único que puedo hacer es escuchar parte de la discusión, perpleja.

—¡Te di tres meses, idiota! —habla Gabe.

—¡Me falta poco! ¡No tenías que hacer esto!

—¡Te lo advertí! ¡¿Crees que esto es un juego, niñoato?! ¡¿Eso es lo que crees?!

Un disparo y mi corazón se detiene. Cierro los ojos instintivamente. ¡Oh Dios! Por favor, no. Odio a Carter, eso es claro. Pero jamás me imaginé vivir esta situación con él. No quiero que le suceda algo. Por todos los cielos, esto está mal.

Vuelvo a abrir los ojos y todo ante mí se ve confuso y desenfocado. Los cuerpos se mueven ante mí borrosos y sin forma precisa. Todo se ve como en una imagen pintada con acuarelas. Veo mucha gente a mi alrededor, la mayoría con uniformes de policía y apuntando hacia todas partes con armas. Veo cómo se llevan a los tipos, incluyendo a Gabe. Veo cómo una de las indefinidas formas me toma del brazo y me lleva fuera de la casa. En mi trayecto veo la figura inconfundible de Carter rendida en el suelo. Y luego dejo de ver.



#LecciónDelDía:

Asegúrate siempre de estar bien despierto  
por las mañanas.

## DOCTORES, POLICÍAS Y UNA CELDA

### Capítulo 9

Abro los ojos de golpe desorientada y temerosa de lo que me depara la realidad. Apoyo las manos sobre los brazos de la silla donde me encuentro sentada. Me acomodo a la vez que intento enfocar todo a mi alrededor. Estoy en una oficina adornada por colores opacos como lo son el gris y el marrón. Todo se encuentra ordenado de una manera obsesiva y hay unos cuantos archivadores en la esquina. La silla en la que me ubico se encuentra frente a un escritorio, donde dos hombres me miran fijamente detrás de él.

Uno se encuentra de pie, totalmente vestido de blanco con un estetoscopio colgando de su cuello y sujetando un maletín en su mano. El otro está sentado en la silla de su escritorio con una taza de café y unas rosquillas, lleva un uniforme de policía, por lo que supuse que es uno y, por lo que veo, el que está vestido de blanco es un doctor.

Tomo una larga respiración por la boca, tomando aliento suficiente para lo que está por venir. Si estoy con un doctor y un policía, no creo que signifique nada bueno. Me preparo mentalmente y empiezo.

—¿Qué me sucedió? —creo que esa es la pregunta correcta para empezar.

Ambos se miran, luego el doctor asiente tomando la palabra.

—Hola, Megan —saluda con total tranquilidad—. Te llamas así, ¿cierto? —pregunta simpático, lo que hace que me agrade al instante.

Asiento.

—Sí.

—Verás. Tuviste un leve desmayo. Era muy temprano y no habías desayunado, por lo que pude ver, así que tu cuerpo se encontraba sin energía y débil. Además de aquella impresión que te llevaste al ver a esos hombres amenazándote, tu cuerpo no tuvo otra opción que reaccionar de esa manera. Pero ya estás mejor —me guiña un ojo y por alguna razón me recuerda a mi padre—. Trata de comer algo y luego tómate estas pastillas —deja una tableta de óvalos blancos sobre el escritorio y estira su brazo acercándolo a mí— Te sentirás mejor —afirma.

—Oh, vaya —logro decir—. Gracias —respondo con gratitud hacia su simpatía.

—Es un placer —estrecha la mano con el policía y luego la mía. Pero qué hombre tan agradable—. Creo que mi trabajo llega hasta aquí. Debo irme, tengo otros pacientes en espera oficial.

—Claro, comprendo. Muchas gracias, Dr. Harris, un gusto verlo otra vez —se despide el policía con su voz rasposa.

—Igualmente. Ten un buen día, Megan —me da una sonrisa y sale de la oficina por la puerta de vidrio difuminado, dejándome a solas con el policía.

—Buen día, Srta. Lennon. Por lo que descifro en su expresión, usted debe estar preguntándose qué está haciendo en una comisaría y no en un hospital —habla el oficial interrumpiendo mis pensamientos.

—De hecho, no —hablo con una voz poco audible.

—Pues es mi deber informarle, si ese no es el caso.

—Por lo que entiendo.... ¿No se supone que ustedes intervinieron cuando esos tipos estuvieron a punto de matarme? ¡Ustedes me salvaron!

—Eso es cierto y le aseguro que ellos estarán durante muchos años tras las rejas. Llevábamos meses buscándolos y casualmente nos los encontramos atendiendo este caso. ¡Qué irónico! —exclama y lo único que logra es confundirme más.

—Espere. ¿Qué caso? ¿Casualmente? ¿Acaso no fueron a salvarme? —indago sin comprender. Creo que la mayoría de veces en la que hablo en voz alta sueno como una total y completa perdedora.

—Permítame explicarle —dice.

Se levanta, camina hacia uno de los archivadores en la oficina, extrae un cartapacio crema, regresa a su silla, lo coloca sobre el escritorio y lo abre mientras pasea sus dedos entre los papeles.

—Usted y el joven Carter Crane han sido demandados por invasión de la propiedad privada, perturbación a la tranquilidad, agresión física y daños a la propiedad ajena. La demanda ha sido levantada por los miembros de la familia Dhamuel, quienes la acusan de haber invadido su privacidad junto a su cómplice, el joven Carter. Ellos trajeron esto como prueba —extrae del cartapacio un papel adherible en muy mal estado. Parece haber sido roto en mil pedacitos y luego haberlo reconstruido con cinta adhesiva transparente para que pudiera leerse lo que decía.

«Si a Meg Lennon por teléfono cortas, con tus vellos ella te lo cobra».

No puede ser. Tuve que haberlo imaginado. ¡Soy un idiota! ¿Cómo pude ser tan estúpida? ¡Torpe! ¡Torpe con T mayúscula!

—Y esto.

Ahora muestra la carta que le escribí a Ryan diciéndole un montón de cursilerías y por un momento me sonrojé al pensar que el oficial tuvo que haber leído todas esas cosas —que obviamente son mentiras, pero son vergonzosas—. ¡Y también dejé mi nombre en ella!

Me doy zapes mentales por ser tan taruga.



—Fuimos a buscarlos, a ti y a ese chico, para traerlos recluidos, pero nos encontramos con aquella sorpresa que tanto agradecemos. Como dice el dicho, *Matamos dos pájaros de un tiro*. En fin... Por eso la hemos traído aquí. Está en serios problemas, Srta. Lennon.

¿Problemas? Siento mi piel palidecer otra vez y tomar una temperatura más baja de lo normal. No, no puede ser. ¡El inútil de Ryan se atrevió a demandarnos! ¡Y no solo a mí, sino también a Carter! Esperen... ¡Carter! ¡¿Dónde está Carter?! ¡Rayos, él no puede estar...! ¡Él no!

Mi labio inferior empieza a temblar, tengo miedo.

—¿¿Iré a prisión?! —pregunto alterada—. ¡Yo no puedo ir a prisión! ¡Me niego! ¡Soy una simple chica que quería venganza! ¡Yo no pedí esto!

—Lo más probable es que no, ya que para eso deberíamos llevarlos a una corte. En unos cuantos minutos recibiré información sobre las decisiones que se tomen con ustedes. Solo ten un poco de paciencia. Mientras tanto, necesito que me acompañes —cierra el cartapacio y pone todo nuevamente en su lugar, se levanta de su silla para devolverlo al archivador.

—¿Dónde? —cuestiono insegura de todo.

—Solo te pido que obedezcas. ¿Es mucho pedir? —objeta algo cansado.

Creo que ser policía no es trabajo fácil y trato de ponerme en sus zapatos. Si yo fuera un policía, lo último que quisiera hacer es tener una discusión con una inmadura rubia. Así que me coloco de pie y lo sigo.

...CR...

Me paralizó al ver lo que está frente a mí. ¡No, por favor, no! Me quedo estática sin querer dar un paso más. Quiero quedarme clavada al mosaico en donde me encuentro parada, me niego a moverme de aquí.

Frente a mí una gran reja se extiende. Sí, una reja, de barrotes gruesos de hierro brillantes y simples que parecen haber sido lustrados hace poco. Detrás de ella hay una pequeña celda, con asientos de cemento muy incómodos y duros. Sobre ellos veo a un chico sentado cabizbajo, muestra un aspecto maltratado y siento pena por él. Pero luego recuerdo que yo también estoy a punto de entrar allí así que evito más pensamientos y me concentro.

Giro hacia el oficial con una mirada suplicante. Yo soy una chica tranquila, ni siquiera en el instituto tuve problemas con el director. Nunca fui a detención, tampoco a la dirección, jamás llamaron a mi padre o a la tía Wendy porque me estuviera revolcando con un chico en el baño, yo no ocasiono problemas... yo los evito. Pero últimamente todo parece estar en mi contra.

—Por favor, oficial, yo no quiero entrar allí. ¡Se lo suplico! ¡No quiero ir a la cárcel! ¡Se lo pido, le prometo que no lo vuelvo a hacer! —sueno patética, lo sé.

Pero debo intentar lo mínimo.

—Srta. Lennon, por favor, cálmese. Esta no es la cárcel. Y por el momento, tampoco pisará la cárcel, ya que primero hay que pasar por un protocolo, un juicio y ya usted sabe. Es solo una prisión temporal, ya que debemos tenerla retenida por ciertas razones jurídicas. Estará aquí durante un par de horas... o días, no lo sé. Pero debe mantenerse aquí mientras nosotros procedemos a hacer lo que debemos hacer. ¿Entiende? —me explica de una manera muy calmada, pero el cansancio se nota en su voz—. Así que ahora le pido que entre.

Él se acerca a la reja, introduce una llave en el candado, la hala hacia un lado dándome espacio suficiente para entrar y luego me mira a la espera de que obedezca. Frunzo el rostro sin querer obedecer a sus órdenes, pero sin poder detenerme mi cuerpo empieza a avanzar hacia dentro de la celda. Mi mente protesta, pero mi cuerpo obedece. Me detengo cuando ya me encuentro detrás de los barrotes, dentro de lo que para mí era una cárcel, pero según el oficial era una «Prisión temporal» y no sé si con «temporal» se refiere a cadena perpetua o a qué rayos.

El oficial cierra la reja con un estrepitoso ruido oxidado que me arranca los tímpanos, cierra con llave el candado y luego se la coloca en el chicote del pantalón. Me siento sobre el frío cemento que puedo sentir bajo mis muslos gracias a mi corto —pero no tan corto— vestido. Me quedo mirando fijamente las llaves que se encuentran a un costado del oficial, que sin más desaparecen junto a él detrás de la puerta.

Entonces la idea de escaparme con las llaves fuera de esta «Prisión temporal» como en las películas de acción está descartada.

Recuesto mi espalda en la fría pared y me cruzo de brazos, a la vez que lloro internamente. Tengo miedo, jamás he tenido problemas legales. Yo no quiero estar aquí. Yo solo quería divertirme un rato y nada más. Mi mente empezó a analizar todas las consecuencias que tendré si por alguna razón voy prisión.

¡Louisville! ¡No! No puedo perder la oportunidad de ir a Louisville.

Luego está mi trabajo, mi padre, la tía Wendy, Marshall y Lupe, los perdería a todos. Además, ya casi soy mayor de edad y la ley tiene toda la autoridad de mandarme a prisión. Pensándolo bien, esas es una de las cosas que tengo que agregar a mi lista de «Por qué ser adulto apesta».

—Eso fue patético.

Escucho esa voz junto a mí y la reconozco de inmediato. ¡Por todos los cielos, gracias! Giro emocionada y allí lo veo. Sentado cabizbajo tal y como antes, solo que desde donde estoy ahora puedo admirar su inconfundible y elegante perfil en el cual hay trazadas algunas heridas gracias a los golpes. Su copete cae hacia abajo mostrando rendición, sus brazos se apoyan sobre su regazo y sus manos están entrelazadas entre sus rodillas en una posición frustrada. Mueve una

pierna con nerviosismo mientras observa fijamente el piso, negándose a mirarme.

—Carter, ¡No lo creo! ¿Estás bien? Creí que ten habían —me detengo al darme cuenta de que él me está ignorando—... olvídale —me retracto.

—¿Qué? ¿Creíste que me habían matado? Eso es aún más patético, Meg.

Ruedo los ojos, creo que ya se me ha hecho costumbre desde que lo conozco. En definitiva, este es el Carter Crane de siempre, está algo herido, hay algunas manchas de sangre sobre su playera, pero no estoy segura si es de él o ajena.

—Cierra la boca. ¿Me preocupo por ti y así me tratas?

—¿Y cómo debería tratarte, eh, Lennon? Dímelo —Carter me reta molesto.

Abandona su posición anterior para ahora adoptar una de enojo, pega su espalda a la pared al igual que yo y se cruza de brazos. Gira su cabeza hacia mí y me penetra con sus intimidantes ojos miel —que, si este no fuera el caso, se verían dulcemente empalagosos—, sus labios se sellan con dureza, su mandíbula se tensa y alza una de sus oscuras cejas en espera de una respuesta.

Me quedo en silencio hipnotizada por la descomunal y peligrosa belleza de este chico que en cierto modo me intimida pero me atrae de una manera irrazonable.

—¿Quieres que te traiga flores y rosas? ¿O que me arrodille y bese tus pies? ¡Dímelo, Lennon! Dime que esto no es tu culpa, porque a mí me parece que sí lo es. Me dijiste que no tendríamos problemas y ahora míranos. ¡Estamos en la cárcel, Megan! Nunca antes he venido a la cárcel por mis propios métodos y ahora resulta que estoy aquí porque decidí seguir los estúpidos pasos de una inútil rubia.

1) Flores y rosas son lo mismo, las rosas son un tipo de flor, 2) Carter también cree que estamos en la cárcel cuando en realidad es una «Prisión Temporal» y 3) estoy algo orgullosa de haber sido la primera en traer al problemático Carter Crane a la cárcel... corrección, «Prisión temporal».

Decido guardarme todas esas opiniones para mí misma, ya que si las digo en voz alta tal vez despierte al dragón dentro de él.

—Mira, primero que todo, tú fuiste el inepto que quiso venir. Te dije que no lo hicieras, ¡e incluso me sobornaste! No puedes quejarte. ¡Tú mismo te metiste en esto! A ver... ¿Qué fue lo que dijiste esa noche? ¡Oh, cierto! «Quiero observar cómo una destrozada chica cobra venganza de su exnovio y tal vez reírme un poco de su inminente fallo. Créelo, si voy, es solo por diversión» —lo imito con una voz más gruesa de lo normal mientras hago gestos masculinos y raros.

—¡Oh, vamos! Eso es ridículo. ¡Yo no hablo así! De acuerdo, sí dije eso. Pero si no se te hubiera ocurrido esa inútil idea, no estaríamos aquí.

—¡Deja de culparme! Si esa noche hubieras dejado de ser un completo cabeza hueca... —dejo la frase en el aire mientras pienso—... nada, olvídale,

eso es imposible.

—¿Me has dicho cabeza hueca?

—Sí, te lo he dicho. ¿Y? —lo reto y suspiro—. No puedo creer que estemos aquí por haber depilado a un tipo.

—Te recuerdo que ese tipo es tu exnovio al cual, aparte de depilar, también destruiste su colección otaku, lo rapaste y que encima le dejaste dos notitas con tu horrible nombre. Por cierto, ¡¿qué rayos tienes en la cabeza, imbécila?! Perdona, casi lo olvido, eres rubia —aprieta sus labios.

—¿Imbécila? ¡Esa palabra no existe! —intento ignorar su hiriente comentario sobre mi cabello. Ni siquiera recuerdo por qué estamos discutiendo.

—Oh, pues muchas gracias, creo que después de esa importante corrección mi vida no volverá a ser la misma. ¡Mi gramática mejorará y todo gracias a ti, imbécila! —suelta con sarcasmo y siento cómo mi pecho se hincha con irritación.

—¿Te he dicho cuán desagradable eres?

—Como si me importara lo que tú desistes.

—Es digas. Como si me importara lo que tú digas —corrijo y veo cómo las fosas nasales de Carter se inflan demostrando que le he colmado la paciencia.

—¡¿Y a quién le importa?! ¡A nadie le interesa la gramática!

—Pues a mí sí y a ti también debería importarte.

—¿Ahora quién eres? ¿Mi madre? ¿Obama? Deja de decir babosadas, oxi.

—¿Oxi?

—Sí, oxigenada.

Me muerdo la parte interior de mi mejilla conteniendo un par de insultos. Lo miro fulminante y decido cerrar la boca. Me levanto de mi asiento de cemento para ahora ubicarme nuevamente en él, solo que a diferencia de antes me siento a una distancia considerable de Carter, específicamente me siento en la esquina de la celda. Me acurruco allí con mi cuerpo, subo mis piernas y las cubro con lo que resta del vestido, luego las abrazo y me hago un ovillo. Recuesto la cabeza en la pared y cierro los ojos deseando teletransportarme hacia un paraíso fuera de esta celda. De acuerdo, no, soné muy absurda. Pero realmente deseo salir de aquí. No me imagino qué será pasar años en un lugar como este. Sinceramente, yo no estoy hecha para ser un ave enjaulada.

—¿Te digo un chiste? —escucho la vibrante voz de Carter.

*¡Ay no! ¡Por favor, no! ¡Alguien que lo calle!*

Opto por quedarme en silencio.

—Está bien, no hables. Puedo hacerlo yo solito. Aunque es un chiste de toc toc, pero Carter puede —habla en tercera persona de manera ridícula.

Abro un ojo para echarle un vistazo y lo veo sentado en el piso de manera despreocupada como la mayoría del tiempo. Su espalda se recuesta en el sofá

de cemento y sus largas piernas se estiran sobre el suelo. Él juega con el borde de su camiseta.

—¿Toc toc?

—¿Quién es? —imita una voz aguda y femenina la cual supongo que es la mía. Le sale muy mal y no puedo evitar que una sonrisa tonta se dibuje en mis labios.

—La teñi —ahora usa su voz.

—¿La teñi quién? —allí está de nuevo la patética voz.

—La teñida culpable que me metió en la cárcel por ser tonta e irritante.

Silencio.

¡Dios, pero qué chiste tan malo! La sonrisa se borra de mis labios. Hay un silencio incómodo. La tensión se siente en el aire. Nadie dice nada. Lo miro de reojo y veo que sonrío. Sabe que me ha molestado su tonto chiste que solo demuestra su inmadurez. Me quito una sandalia del pie sin que se dé cuenta, luego se la lanzo y afortunadamente atina a su cabeza.

—Rayos, pero qué... —susurra y se toca la cabeza en donde lo había golpeado—. ¡Auch!

Sonrío otra vez, pero ahora dejo salir una leve carcajada.

—Te pasas, Lennon —se queja y me mira resentido—. Estás loca.

—No seas nenita —me burlo de él.

Mientras él se acaricia la cabeza, por alguna razón las preguntas empiezan a formularse en mi cabeza. Mi rostro se vuelve serio y recuerdo la escena con aquel tipo y su amenazante arma que me apuntaba al rostro amenazando con volarme los sesos. Ellos preguntaron por Carter. ¿Por qué? ¿Qué tenía él que ver con ellos? No puedo imaginarme a Carter relacionándose con malotes de ese nivel. Ellos tienen perfil de hombres rudos con una trayectoria cruel y despiadada. Carter es un chico ciudadano, casual, un muchacho más de entre el montón.

—Crane —le llamo con una voz cortante y seria—. ¿Quiénes eran esos tipos?



#LecciónDelDía:

Si despiertas en la oficina de un policía, corre.

# VERDADES Y MENTIRAS

## Capítulo 10

—¿Quiénes? ¿Qué tipos? —trata de hacerse el despistado, pero su actuación sale barata, delatándolo. Por alguna razón me enfurezco al ver que él finge hacerse el torpe.

Oh, esperen. Él no necesita fingirlo.

—Déjame ver, hum... Eran unos tipos con cara de malotes, llegaron y me apuntaron con un arma, me hicieron esto —señalo la herida en mi labio inferior, ya no sangra, pero se mantiene abierta negándose a curar—. Casi pierdo la vida. ¿Y adivina de quién es toda la culpa? Creo que se llama... no lo sé, Peter Brain o algo parecido. ¿Acaso te suena? —Si él quiere jugar a hacerse el idiota, yo también lo haré.

Él coloca los ojos en blanco demostrando una vez más lo irritante que soy para él. Me fulmina y frunce los labios.

—Ellos son unos tipos que conozco, ¿vale?

—Esa información es muy útil, de hecho.

—¿Puedes dejar de ser sarcástica?

—¿Puedes responder a mis preguntas con algo de sentido?

—No.

—Entonces no.

Si me pagaran por discutir con este chico ya tendría una montaña de billetes del tamaño del Everest, y si eso sucede, entonces dejaré de trabajar para los Crane, lo que significa que estaré lejos de Carter y eso suena totalmente tentador. Pero lo cierto es que eso solo es una fantasía más dentro de mi muy chiflada mente.

—Además, ¿eso a ti qué te importa? —bufa.

Se levanta del suelo y camina hacia los barrotes de la reja. Rodea el luminoso metal con sus largos dedos y luego forcejea contra ellos en un patético intento de salir de allí. Parece que a él también le ha empezado a incomodar estar dentro de este fúnebre lugar junto a su peor pesadilla —esa soy yo, obviamente— y en mi caso es lo mismo.

—¿Por qué me importa? —repito incrédula—. ¡Porque estuve a punto de morir por tu culpa! —exploto por a su indiferencia ante la situación. Me levanto del sofá de cemento y camino hacia él con pasos suaves, tratando de hacerlo entrar en razón. En el camino recojo mi sandalia y me la coloco nuevamente.

—Pff, no exageres, mujer —se da la vuelta fastidiado y se recuesta en la reja.

—Te exijo una explicación.

—Oblígame.

—Ellos preguntaron por ti —cruzo mis brazos sobre mis pechos.

—¿Y? —hace una de sus típicas muecas. Levanta sus cejas queriendo parecer despreocupado, pero luego se arrepiente y su rostro se torna levemente preocupado—. Espera... ¿Qué te dijeron?

—Nada novedoso. Pero por poco y me vuelan los sesos. Debes saber quiénes son ellos, Crane —insisto.

—Sí, lo sé.

—¡Entonces dímelo!

—¿Por qué debería? —Se está pasando de listo... o mejor dicho, de inepto.

—¡AGH! —me doy la vuelta hecha un lío. ¿Por qué es tan difícil mantener una conversación con él?

Le doy la espalda a Carter y me coloco de cuclillas en medio de la celda en un gesto de rendición. Un gran pinchazo, doloroso y brutal había atacado a mi sien. Estoy teniendo un ataque de migraña. Gritar tanto, enojarme y todas esas porquerías de emociones que he vivido esta mañana están desgastando mi cerebro. ¡Y todavía no he desayunado! No me sorprendería desmayarme una vez más aquí mismo en donde estoy. Apoyo una mano sobre el frío suelo y con la otra acaricio mi sien. El dolor es similar a un taladro perforando una pared, amenazaba con abrir un gran hueco en mi frente. Hace mucho tiempo que no tenía uno de estos ataques de migraña. Cuando era pequeña solía pasarme más seguido y eran tan fuertes que en ocasiones me dejaban inconsciente.

Gimo al ver que el dolor no cesa, sino todo lo contrario.

—Meg, ¿estás bien? —escucho su voz detrás de mí.

—¿Te parece que estoy bien? —hablo sin pensar a causa de la migraña. Escupo algunos insultos por lo bajo.

—No. Te ves muy mal —dice y si no tuviera esta bendita migraña me paraba y le daba un golpe—. ¿Quieres que llame al oficial?

—No... déjalo así. Ya estoy bien —miento y trato de ponerme de pie. Afortunadamente, el dolor ha empezado a cesar, pero aún se mantiene allí, haciéndose presente. Temo que en algún momento vuelva—. ¿Me dirás quiénes son? —ruego. Realmente quiero saberlo.

—Meg, yo no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

Él fija la mirada sobre el gris cemento del suelo sin querer mirarme al rostro. Vacila, se acaricia el cuello y luego acomoda su rebelde cabello castaño.

—Solo no puedes saberlo. Ya te lo dije, no insistas —levanta la mirada, la cual se profundiza aún más al encontrarse con la mía y por alguna equis razón pude reconocer el temor en su rostro.

—¿Qué rayos me estás ocultando?

Cuestiono mientras entrecierro mis ojos tratando de ver más allá de él, cosa que se me es imposible. Carter sabe realmente cómo ocultar algo.

Él se gira nuevamente, dándome la espalda con un gesto que quiere decir: «Esta conversación se ha acabado». Pero en él veo todo lo contrario. Él quiere contármelo. Él quiere dejarlo salir.

—Carter, no le diré a nadie. Lo prometo. Solo necesito que me digas quiénes...

—Son narcos. Narcotraficantes —escupe firmemente.

La tensión en mi cuerpo se vuelve aún más profunda. Me quedo enmudecida durante varios segundos sin saber qué decir. Estuve a punto de morir en manos de unos narcos. Mi padre de pequeña me había contado sobre el poco contacto que él había tenido con esa clase de personas. Según mi padre, ellos eran personas que quieren ganarse la vida fácilmente de forma ilegal, vendiendo drogas, que no harán nada más que echar a perder la vida de otro ser humano.

Carter está teniendo contacto con narcotraficantes.

—Entonces tú... —trago y dejo que el eco de la frase resuene en el aire.

—No, no soy narco —dice sin querer darse la vuelta. Su cabeza está gacha y supongo que su mirada está fuera de esta celda. Me relajo.

—Pero sí consumía —dice casi en un susurro, pero mi oído lo capta todo y no puedo hacer nada más que esconder la impresión detrás de un patético gesto de perplejidad. ¿Qué dijo? ¿En serio se droga? ¿Qué? ¿Carter Crane drogándose?

—Espera... ¿Qué? —digo incrédula.

—¿Eres sorda? No querrás que lo diga de nuevo —se cruza de brazos y veo cómo los músculos de su espalda se muestran a través de su camisa.

—¿Pero por qué? ¿Por qué lo haces? —trato de acercarme, pero no demasiado.

—Lo hacía —remarca duramente—. Ya no lo hago.

—¿Llegaste a ser adicto? ¿Cómo sabes que no tendrás una recaída? —siento pena y confusión. Siento como si no lo conociera. Aunque de hecho ni siquiera lo conozco, pero este no es el Carter Crane que estoy acostumbrada a ver. Este es un Carter un tanto... ¿vulnerable?

—Deja de hacer preguntas estúpidas. Lo dejé hace unos meses y no. No recaeré —se niega a mirarme y su voz se endurece.

Me coloco frente a él y observo cómo trata de evadir mi mirada penetrante. Se muerde el interior del labio vacilante. Sus ojos no muestran ninguna expresión. Carter sabe muy bien cómo esconder sus emociones. Quizás por dentro estaba llorando o golpeando objetos imaginarios, gruñendo o sollozando como un nene. La verdad es que jamás lo sabré.



—Me alegro de que lo hayas dejado —concluyo en un tono comprensivo, aunque no lo comprenda, ya que nunca he estado en una situación como esta.

Él me mira con el entrecejo fruncido, niega con la cabeza y tuerce los labios en un gesto de desagrado. Se aleja de mí nuevamente y vuelve al puesto de cemento ignorándome por completo. *¡Dios!, este chico sí que es difícil. ¿Cuánto le cuesta decir un «Gracias»?*

—Meg —me llama y yo lo miro—. Solo... no le digas a mi abuelo ni mucho menos a mis padres. ¿Quieres? —su rostro está endurecido, sus cejas por poco y tocan sus párpados y sus labios se mueven con dificultad. Pero más allá de eso puedo ver una mirada suplicante.

—Por supuesto —uno mi dedo índice con el pulgar y los paso sobre mis labios como si cerrara un zíper imaginario sobre estos. Luego lanzo la llave imaginaria.

Y en alguna parte puedo ver la leve sonrisa de Carter. O tal vez fue mi imaginación. Ya no lo sé. Tanto encierro me está haciendo mal.

Los minutos pasan, al igual que las horas. Mi mente no deja de darle vuelta al asunto de Carter y las drogas. ¿Por qué razón lo haría? ¿Su vida es tan repugnante? Lo cierto es que Carter es un chico de misterios no tan misteriosos. Le encanta dejarte con esa intriga que te hacía carcomerte por dentro. Cierro los ojos y me dejo llevar por el silencio de la habitación. Durante unos segundos me siento sola, pero luego caí en cuenta de que Carter se encuentra aquí junto a mí, dentro de estas cuatro paredes. Regulo mi respiración y recuesto la cabeza en el cemento, impaciente. ¿Cuánto estaré aquí? Ambos somos mayores de edad, podemos ir a la cárcel. De solo pensar en eso todo mi cuerpo se tensa.

Estuve a punto de caer dentro de mis sueños cuando el estridente sonido de la puerta aparece. Me levanto algo aturdida y me estiro inconscientemente. Carter se encuentra aferrado de los barrotes de la celda mirando hacia el exterior. El oficial entra en la sala con aire desganado seguido de una mujer que conozco muy bien. Caderas anchas, cintura delineada, cejas gruesas y curvadas, cabello nuez y labios gruesos. Nada más y nada menos que la simpática y feliz Lupe. Solo que en estos momentos no se ve tan *simpática y feliz*, ya que justo ahora nos está lanzando una mirada fulminante como si estuviera estrujando nuestros pequeños cuerpos entre sus bronceados párpados, exprimiendo nuestras cabezas y haciendo volar nuestros sesos.

El oficial se acerca a la celda con las llaves y mi corazón da un salto de alegría. ¿Saldremos de esta caja de una vez por todas? Carter se aparta de los barrotes, observando al oficial expectante al igual que yo. Ambos observamos cómo este introduce la llave en el candado e inmediatamente cede, lo cual nos dejó en libertad. Hala la reja permitiéndonos salir. Me quedo quieta. ¿Realmente puedo salir? ¿Estoy libre?

El oficial hace un ademán hacia afuera, en señal de que salgamos.

Sonrí y paso por encima de Carter saliendo fuera de aquella prisión. Solo había pasado unas cuantas horas allí dentro y se sintió como medio siglo, sin exagerar. No me imagino qué será estar allí durante 20 años. Ahora que lo pienso, mejor no, no quisiera saber lo que se siente ni en un millón de años.

Corro hacia Lupe y la rodeo con mis brazos en un estrecho abrazo. Ella tarda en devolver el gesto pero al final lo hace con cariño y suavidad. Roza su mano contra mi espalda calmando mi emoción mientras yo suelto pequeños «Gracias» en su oído. ¡Dios!, jamás había estado tan feliz de salir de un lugar, ni siquiera salir del colegio se comparaba a esta felicidad.

—Han quedado en libertad. Se ha aplicado el proceso de fianza, la cual ya ha sido pagada por los señores Crane —explica el oficial detrás de nosotras y me obligó a separarme de Lupe. Carter abre los ojos más de lo normal.

—¿Mis padres saben de esto, Guadalupe? —dice alarmado.

—Claro, ¿qué pensabas? ¿Que irías a la cárcel y luego saldrías por arte de magia? Pues te equivocas, jovencito. Tus padres han tenido que pagar desde Ámsterdam y están muy enojados —le advierte Lupe con un tono nada agradable.

El oficial nos guía a la salida encabezando la fila, le sigue Lupe, quien suelta regaños injuriosos hacia ambos y luego la seguimos nosotros, quienes la escuchamos en total silencio.

—¡Esto es inaceptable! Salgo unos minutos con Marshall y Walter a refrescar un rato la mente y ustedes dos terminan en la cárcel. —Walter es el chofer de la Mansión Crane.

*¡Que no es una cárcel, es una «Prisión temporal»!*

—¿Cómo pepinos puede suceder eso? ¡Los jóvenes de ahora no saben nada más que buscar problemas y más problemas!

Lupe empieza a soltar palabras aleatorias en español que no logro comprender. Cuando Lupe usa el español frente a otras personas hay dos opciones: 1) o quiere decir algo sin que le entendamos o 2) está insultándonos gracias a su frustración.

En este caso sería la dos.

Cuando salimos del reclusorio, la camioneta elegante de Walter nos espera afuera estacionada. Se veía tan brillante como el charol, puedo ver mi reflejo distorsionado. Los tres subimos el transporte, que no pierde el tiempo y, sin más espera, echa a andar. La camioneta tiene es típico estilo de una sala de estar. Carter y yo nos sentamos juntos y Lupe se ubica frente a nosotros, lo único que nos separa es una pequeña mesita. En la parte delantera va Walter manejando con Marshall de copiloto, quien no para de hablar con su prominente voz.

—A ver. Necesito explicaciones —ella se abrocha el cinturón y luego se cruza de brazos sin parar de fulminarnos—. ¿Cómo que fueron a depilar a un chico a

su propia casa? ¡Y destrozaron propiedad ajena! ¿Por qué? —exclama exaltada. Ella es solo una mucama, pero parece estar a cargo de nosotros—. ¿Me pueden decir de quién fue esta maravillosa idea? —usa el sarcasmo.

Carraspeo incómoda. *Vamos, Meg, es hora de enfrentar tus consecuencias.*

—Pues realmente...

—Fue mía. Yo lo organicé todo —interrumpe Carter y yo me giro para observarlo sorprendida. ¿Se está echando la culpa? ¿Por qué?—. Ese cretino me —tartamudea producto de su mentira—... me debía una y pues quise vengarme. Arrastré a Meg en esto y la convencí de que fuera mi cómplice —explica y yo solo admiro cómo toma mi responsabilidad. Él baja la mirada a su regazo evitando cualquier contacto visual.

—Ya lo suponía —suelta Lupe como si fuera algo común. Ahora ella fija su mirada consumida en pena sobre mí—. Discúlpalo, Meg, él a veces suele hacer ese tipo de cosas. Esto no debió pasar en absoluto. Te ofrecemos una disculpa, ¿cierto, Carter?

—Sí, sí, lo siento. Bah —musita aún con su mirada perdida. En cambio, yo no puedo parar de observarlo confundida.

Sus disculpas solo me hacen sentir más culpable. ¡Yo tengo la culpa de todo y ahora Carter tiene problemas! ¡Yo no quiero que Carter tenga que cargar con mis problemas! ¡Él no! Cualquiera menos él. Ahora le debo una. Tengo que agradecerle en otro momento que no sea este, pero de solo imaginarme dándole *gracias* a él, se me hace patético.

Pasan unos quince minutos y aún no llegamos. Lupe lleva la mirada perdida por la ventana sin prestarnos atención. Parece estar sumida en sus pensamientos, así que aprovecho la oportunidad. Le doy un leve codazo a Carter.

—No debiste hacerlo —digo por lo bajo.

—Pues ya lo hice. ¿No dirás gracias? —ruedo los ojos.

—De acuerdo, gracias —suelto sin ánimos—. ¿Pero por qué? ¿Por qué echarte la culpa?

—No creí que valiera la pena que perdieras tu trabajo por solo querer vengarte de un patán como Ryan, que lo tenía bien merecido. Además, aunque no lo creas, me divertí un poco, solo un poco —aclara y luego retoma el asunto—. Pero eso ya no interesa. Además, Marshall se pondría muy triste si te vas —se encoge de hombros y aprieta los labios levemente.

—Pero ahora tendrás problemas —anuncio culpable.

—Nah, yo soy el chico de los problemas. Mi segundo nombre es Problema. Y creo que uno más no hará daño, ¿no crees? —me guiña un ojo divertido y entonces allí, en ese punto, es cuando las palabras realmente salen de mi corazón.

Tomo aire.

—Gracias, Carter.



#LecciónDelDía:

Si vas a la cárcel,  
asegúrate de que no sea una prisión temporal.